

# La Ilustración Artística

Año XXVIII

BARCELONA 27 DE SEPTIEMBRE DE 1909

Núm. 1.448

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



ILUSIÓN, cuadro de Gabriel Max

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Familia rural. Historia vulgarísima*, por Juan B. Enseñat. — *Burdeos. La fiesta de la vendimia*. — *Boda del príncipe D. Miguel de Braganza*. — *Notables vuelos de Santos Dumont*. — *La campaña de Melilla*. — *Mr. Eduardo de Harriman*. — *Carreras ciclistas*. — *Un monumento a Adán*. — *Problema de ajedrez*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *Pinturas de moros en la Alhambra de Granada*, por M. Gómez Moreno. — *Viaje del sultán de Turquía*. — *El teleimpresor*.

**Grabados.**— *Ilusión*, cuadro de Gabriel Max. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Familia rural*. — *En la taberna*, cuadro de Claus Meyer. — Lámina compuesta de diez fotografías que representan *Las fiestas de la vendimia en Burdeos*. — *Boda del príncipe de Braganza con la señorita Stewart*. — *Notables vuelos de Santos Dumont con su aeroplano «Demoiselle»*. — *La campaña de Melilla*, seis vistas fotográficas. — *Mr. Eduardo Harriman*. — Los velocipedistas franceses *Guignard y León Georget*. — *Monumento erigido en Baltimore a Adán*, por M. Brady. — *Pinturas de moros descubiertas en la Alhambra de Granada*, reproducciones fotográficas. — *Viaje del sultán de Turquía a Brussa*. — *Luis Cerebotani y su aparato teleimpresor*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos por hoy de arte: hablemos de algo que se le parece mucho en el fondo y que acaso le ha dado origen: del sentimiento popular. Acabo de verlo manifestado en una de sus formas perennes, la religiosa, en una misión de aldea.

Las misiones son como todo: para describirlas, hay que presenciárselas; asistir a la organización casi espontánea de esos *Rosarios*, que entonando cánticos serpean de un modo tan pintoresco, tan vivo, a paso de carga, con la cruz procesional y el estandarte al frente, por los senderos que rodea la zarzarrosa, ó carretera adelante, alzando nubes de polvo, andando rítmicamente. Hay que estudiar cómo palpita, de pronto, en la muchedumbre, un soplo de vida espiritual, una preocupación de las cosas ultraterrenales; algo que es ajeno, por lo común, a la vida aldeana, muy práctica, encerrada entre las paredes de unas cuantas necesidades, trabajos y solaces, más del cuerpo que del espíritu. Pero el espíritu quiere su alimento.

La misión atiende también a los aspectos positivos de la existencia; los consejos morales del misionero recaen frecuentemente sobre puntos concretos, combatiendo los hábitos que por el camino de la santidad, la grosería ó el vicio pueden conducir a la ruina. Pero los misioneros le recuerdan al aldeano, sumido en la materia y amodorrado por lo monótono y continuo de la labor, que tiene un alma, y que esa alma hay que purificarla, hay que salvarla, hay que pensar en ella alguna vez; y al recordárselo, les confirma un título del cual se enorgullecen; el título de personas.

El aldeano encanecido sobre el terruño; la mujeruca que marmonea rezos con desdentada boca; el mozalbete en quien empiezan a despertarse los instintos de la pubertad, que inclinan a la delincuencia, oyen con secreto engreimiento que su alma importa a alguien, nada menos que a Dios; que esa alma vale tanto, exactamente, como la del señor que ha llegado a la misión en su automóvil ó en su coche, bien comido y bien trajeado. Si la suerte puede aquí en la tierra cometer injusticias, repartir hambre ó miseria, enviar años de mala cosecha y enfermedades, hay otra vida, hay otro mundo, el de las compensaciones. Faltarán medios, faltarán hasta el sustento aquí, pero allá, en la Jerusalén celeste, vela la eterna Justicia. Y el terror de la muerte se atenúa, y el cansancio de la vida trabajada desaparece. La esperanza ha derramado su filtro misterioso.

Yo no sé a punto cierto—es un enigma tal el pensamiento de las multitudes!—si esta gente que camina apiñada, detrás de la cruz parroquial, para llegar cuanto antes al campo de la misión, es creyente toda, y lo es con firmeza; afirmo que lo parece, y no veo cuál otro móvil les había de traer aquí a las tres de la tarde, bajo un sol riguroso. Las sendas resuenan con las oraciones cantadas, y el terreno está agostado, de tanto pie como lo pisa. Diez ó doce parroquias, compactas, acuden todas las tardes, por espacio de ocho ó nueve días, al campo, y se colocan como pueden, apretándose en el suelo; a un lado las mujeres, a otro los hombres; el púlpito, protegido por una especie de marquesina, se alza en el centro y destacándose sobre un fondo de ría azul, de bosques frondosos, de campos y heredades, con abigarramiento de retazos de tapiz cortados caprichosamente; los castaños del soto protegen y sombrean al inmenso concurso, a los cuatro ó cinco mil fieles, que aguardan. El gentío se instala; unos bancos duros se reservan para los coros de muchachas cantoras, para los párrocos, para el señorío que madrugue. Si se descuida, no tendrá más silla que el césped. Algunas

señoras abren sus escabeles de tijera. Los *Rosarios* van llegando, y las cruces alineándose a la derecha del altar improvisado para las misas; los estandartes, de alegre colorido, bordados de lentejuela, descansan también, mientras sus portadores se enjugan la frente, suspirones. Cuando ya se han acomodado todos; cuando todas las cruces de plata reposan inmóviles, destellantes, ligeramente inclinadas, con aire de es-cuchar también ellas, se oye un rumor ahogado, un murmurio: bajo los castaños avanza por el aire una figura negra, una mujer pálida, melancólica, enlutada, majestuosamente sola; blanquean la cara hermosa y las manos cruzadas: parece viva... Es la Dolorosa, traída en andas, silenciosamente. Sus portadores la depositan sobre una mesa, frente a la concurrencia la triste Faz. Las mujeres la miran con cariño y mueven los labios. Es la Señora, la Patrona. ¡Cuánto ha sufrido!

Después de los rezos, la plática. El misionero está ronco, y al principio se nota el penoso esfuerzo que tiene que realizar para emitir la voz. Estos jesuitas que aquí han venido, al marcharse empalmarán misión con misión, hasta enero. La misión es labor ruidísima; hay que tener salud de hierro para tal faena. Se levantan antes de que amanezca para disponerlo todo; por la mañana exhortan, confiesan, dan la comunión, instruyen a los niños, amonestan a los párrocos, ensayan los coros; apenas les queda una hora para comer. Alzados los manteles, ya están en el campo, esperando la marea de la multitud, colocando, poniendo orden. Para ocupar el tiempo que tarda en llegar el último Rosario, guían los cánticos de las muchachas, que contesta el pueblo; rezan las Letanías, la Salve; piden por que la guerra se acabe felizmente. Cuando ya la concurrencia difícilmente podría aumentar; cuando se han sosegado las parlanchinerías y mosconeos de las mujeres que se empujan y se disputan el sitio desde donde mejor se ve, la campanilla repica y la voz se eleva, resquebrajada, luchando con un principio de afonía. Poco a poco, las cuerdas de la laringe van calentándose, y sale la voz más clara, más extensa, más sonora. Se oye con profunda atención: si hay alguien que converse, le acallan los siseos.

¿Sobre qué versan las pláticas y los sermones? La plática es más familiar; recae en temas accesibles a la comprensión de los aldeanos; el sermón se remonta, y sin género de duda produce menos efecto. De política, ni rastro. En este particular, creo que la misión hasta exagera la nota de abstenerse y huir del terreno peligroso. Apenas una ligera alusión, sin nombrar, una exclamación de pena por los sucesos de Barcelona; tan rápida, tan insignificante, que ni creo haya llegado a percibir la gente del terruño, remisa en comprender lo que se dice a medias.

El lenguaje de los misioneros no es generalmente ni figurado ni elevado. Hablan de lo corriente en términos muy usuales. Lo hacen, sí, con vehemencia y ardor, y ese es acaso el secreto de su éxito, de que aumente la concurrencia hasta no haber, de que se confiesen y comulguen a millares, aquí mismo, en el campo, en improvisadas rejas. La pasión es contagiosa, y la oratoria de los misioneros apasionada, realista. Muchas cosas las designan, no sólo por su nombre, sino por su nombre más expresivo y gráfico. Esas grandes realidades de la vida humana—el pecado, la culpa, la muerte—aparecen de relieve, con violento claroscuro. Hablan al aguafuerte. Y en medio de esta oratoria trágica, en la cual los «ejemplos» tienen el atractivo de lo maravilloso, se entrecruzan notas humorísticas, cuentos realmente divertidos y narrados con buena sombra, que por un momento alegran con gesto de risa los semblantes graves, sombríos, los ojos lacrimosos.

Naturalmente, las moralejas fueron para aldeanos, porque el «señorío» venido de los cercanos Pazos, quintas y chalets estaba en minoría; hubiese sido preciso además hablarle de otro modo, tocar otros registros. Un punto en que los misioneros insistieron fué el de la blasfemia. Y les encontré indulgentes con las interjecciones españolas, que no les parecían cosa grave. Respeto su criterio, pero creo que blasfemia é interjección son hermanas. El que se habitúa a soltar las unas, soltará las otras. No son las interjecciones un desahogo, una válvula de seguridad que prevenga la blasfemia: son, al contrario, el resbaladero por donde la blasfemia se desliza. La boca ha de ser limpia en todo, ó en nada lo será.

Tan maquinalmente como el hombre brutal lanza la interjección no atribuyéndole importancia alguna, arroja luego la blasfemia, sin creer tampoco que eso merezca la pena. Por otra parte, la interjección es siempre una obscenidad. Mientras el pueblo cultive la interjección, estará con el pie derecho dentro de la barbarie. Esa interjección, relleno y barniz del lenguaje popular, les familiariza con el cinismo; esa

interjección la pintará en la pared, la aplicará al in-sulto, la repetirá en familia, la pronunciará ante la mujer, hiriendo su pudor, y no se le caerá ya de los labios. La interjección es la blasfemia humana.

Y ciertamente la blasfemia corroe como una lepra, mancha como un estigma la frente de nuestro pueblo. Un pueblo que no destierra de sus costumbres la suciedad del habla, luchará en balde para ser un pueblo culto. La ecuanimidad, la dulzura, la misma alegría y placidez del vivir, son incompatibles con la blasfemia. Apenas terminada la misión, oímos, en nuestro prado, que difumaban las nubecillas de humo rastrero de la *roza*, una sarta de inmundas blasfemias. Saltamos, corrimos a reprender, a expulsar al blasfemo—nadie debe tolerar que en su casa se hable así—y encontramos a dos trabajadores que luchaban; de la frente del uno manaba sangre ya. La blasfemia había sido, como suele, el anuncio del delito, fácil de transformar en crimen. La ley ha sido aplicada al culpado, y ojalá le corrija. Siempre que escuchéis blasfemar, temed que la sangre corra. Acaso la blasfemia disminuya, si en todas partes la castigan con multa, como aquí se hace. Por cualquier medio hay que redimir a España de la ignominia de la blasfemia, sanearla del paludismo de la interjección.

Hablaron los misioneros también del lujo... ¿Del lujo, en la aldea?, diréis. Sí; en la aldea como en Niza, y casi diré que más, el lujo es un problema contemporáneo. En otro tiempo, el traje de gala de la aldeana costaba un pico; pero duraba, tal vez, dos generaciones, y era precioso, de un colorido encantador, de una gracia arcaica y señorial a la vez. El lindo dengue rojo, el bordado pañuelo, las gayas cintas que sujetaban el *mantelo* ó manto, la saya de grana, las patenas y *sapos* de oro, constituían un conjunto digno del pincel. Todo eso cayó en el olvido. La tradición feneció. Las parejas que á veces, en tiempo de fiestas, bailan para amenizar un número, son de guardarropía. Ninguna rapaza quiere usar el dengue, el pañuelo de ramos, la patena afiligranada, el zapato amarillo de lazo azul. No hay sastrer, no hay costurera que sepa dar su corte bizantino al manto. En cambio, pululan las modistas, se multiplican las tiendas de géneros y adornos, los figurines hacen su invasión en la existencia labriega. ¡Y qué invasión! ¡Qué caricatura!

Todos los días de trabajo, en mi parque, una hilera de mozas acarrear tierra en cestos ó pajes, de un desmonte á una hondonada que es preciso rellenar. Van contentas, activas, descalzas, sin medias, con unas haldillas de percal roto, con unas chambras desvaídas, y su pelo, revuelto y embutido de tierra, se pega á su cuello húmedo de sudor. Cuando se dedican á este trabajo, se comprende que estas muchachas no han aprendido labor alguna superior á su condición de aldeanas; que ni saben de plancha, ni de costura, ni de servicio doméstico. Su porvenir es casarse con un labriego también, apilar el estiércol, sallar el maíz. Y viene el domingo, y empieza el reinado del figurín—el reinado de las modistas locales.—El pelo ayer terroso aparece salpicado de peinetas de estrás; el cuerpo ayer libre, á gusto en la pobre ropa, se encaja reventando en un corsé de estos de tubo, con ligas rizadas; el traje es de los estrechos, «princesa», con entredoses de tres dedos de ancho. Un cinturón de seda rodea la rígida cintura. Un imperdible de imitados zafiros la prende. La bota es de charol, y espero el momento en que la mano se cubra con el guante...

No necesito decir lo ridículas que están las florecillas campestres, á veces tan frescas y bonitas, con este disfraz de Carnaval... No necesito insinuar cómo se advierte que son de monte y no de estufa... No necesito explicar lo que se nota que les falta, y el indiscreto revuelo de las faldas denuncia; el verdadero lujo de la mujer de esfera superior, el lujo íntimo y reservado, sin el cual el traje «de moda» es meramente grotesco...

Y los misioneros se lo gritan. «En esa vana tentativa de vestir como las señoritas y las señoras, derrocháis lo que os haría falta para comer nutritivamente, para tener un pequeño peculio cuando os establezcáis, para el mueble indispensable, para el ganado que os ayuda á vivir, para tantas necesidades y tantas conveniencias.» Pero ¿qué puede un misionero contra la modista? No es sólo en la perfumada acera de la rue de la Paix donde truenan Paquin, Laferrier y Worth; no es sólo en los salones, en los grandes teatros vibrantes de esplendor, de arte y de magnificencia; no es sólo en los casinos internacionales donde el lujo desequilibra y absorbe el jugo del trabajo... También en esta aldea riente, humilde, al extremo de la península, Eva oye á la serpiente, y todo lo conseguirán los Padres... excepto quitar moños.

## FAMILIA RURAL. HISTORIA VULGARÍSIMA, por Juan B. Enseñat



La Garbulla hizo á pie, con la pesada carga de dos cestas llenas de mercancías, los cinco kilómetros de ida...

La Garbulla, vieja apergaminada y amarilla que aún me parece estar viendo y de la cual recuerdo hasta los menores detalles, aunque hace años que yace, tiesa y rígida, en su ataúd de pino mal pintado de negro, fué en sus buenos tiempos una mujer activa, enérgica y animosa. La conocí en el declive de su laboriosa vida, cuando yo entraba en la juventud.

La vieja Eulalia Roca, que estos eran el nombre y apellido de la que todo el mundo designaba con el apodo de *Garbulla*, vestía eternamente una falda de lana burda color de chocolate, un corpiño negro, una pañoleta de punto, negra también, cruzada sobre su descarnado pecho, un pañuelo de seda de varios colores indefinibles por la cabeza y zapatos de cuero terroso con doble suela claveteada.

A todas horas del día y aun parte de la noche se la oía gritar, chillar y gañir, tratando con más rudeza á su familia que á sus animales, pues estimaba, y con razón, que un buey descornado no encuentra comprador, mientras que un mozo perniquebrado ó tuerto encuentra siempre mujer, con tal de que tenga algunas peluconas (aún las había entonces) y buenas tierras de sembradura.

Lorenzo, el marido de la *Garbulla*, había abdicado, desde el día de su matrimonio, toda su autoridad en la imperiosa consorte. Él era hombre de trabajo y ella mujer de gobierno. La única superioridad que ella le reconocía era el mérito honroso de haber sido sucesivamente padre de cinco varones, que ella dió á luz con un estoicismo asombroso y con una alegría tan poco expansiva como intensa. Dos de los hijos habían muerto á los pocos meses de nacer; pero le quedaban tres, no tan fibrosos como ella, pero bastante fuertes para las faenas del campo.

La *Garbulla*, que hablaba sentenciosamente cuando estaba de buen humor, decía señalando á sus tres hijos: «Hay hombres como torres que no valen lo que éstos para el trabajo. De mis hijos puede decirse que si no tienen buena planta, tienen buenas obras.»

El caso es que los tres hijos de la *Garbulla*, Juan, Lorenzo y Miguel, crecieron menos en el santo temor de Dios que en el temor de su madre. No se ocupaban del primero más que los domingos y fiestas de guardar, yendo á misa por no faltar al precepto y porque siempre, en el recogimiento de la iglesia, durante el divino oficio, se les ocurrían ideas de provecho. Pero respecto á la madre, era otra cosa. Ella mandaba y ellos obedecían sin chistar. Ciertamente es que la autoritaria mujer trabajaba rudamente para sus hijos y que éstos lo comprendían.

Durante quince años y seis veces por semana, la *Garbulla* hizo á pie, con la pesada carga de dos cestas llenas de mercancías, los cinco kilómetros de ida y los cinco de vuelta que separan la aldea de la ciudad vecina; y en el mercado de la consumidora urbe disputaba horas enteras por dos ó tres perras chicas con las amas de casa que le regateaban un pollo, una docena de huevos ó un kilogramo de guisantes.

El resultado fué que atesoró lo bastante para comprar una pequeña finca, situada en las inmediaciones de su aldea y compuesta de seis mojas bien cumplidas de tierras de pan llevar y de una casa rústica, pero vasta y relativamente cómoda, donde la familia, después de instalarse en ella, pudo decir con un respiro de profunda satisfacción: «¡Ah, por fin estamos en nuestra casa!»

No por esto los tres hijos de la *Garbulla* dejaron de trabajar á jornal en las fincas inmediatas. Desde entonces adoptaron el sistema de levantarse algo más temprano y acostarse un poco más tarde, robando al sueño las horas necesarias para el cultivo de su tierra.

Una mañana encontraron al padre muerto en su cama. El médico certificó que aquella muerte repentina había sido natural. Los hijos lo enterraron é hicieron celebrar en sufragio de su alma un funeral de los más económicos, pero ninguno reclamó su parte de herencia á la madre.

Ocho meses después, Juan, el hijo mayor de la *Garbulla*, se casó con una de las hijas del carpintero del lugar, morena corta de genio y de estatura, de la cual se contaban ciertas historias poco edificantes y la leyenda de que sería rica á la muerte de un comandante de infantería retirado, solterón que en sus mocedades había sido gran amigo de la madre de la muchacha.

Lorenzo pensó que su hermano le había dado buen ejemplo, y lo siguió casándose con la hija única de un labrador vecino que pasaba por hombre adinerado.

Ambos matrimonios se habían concertado por consejo y á gusto de la *Garbulla*, que así veía en perspectiva el crecimiento de la hacienda administrada en común. No medió lo propio con el casamiento de su hijo menor. Miguel se enamoró de una linda muchacha, huérfana de padre y madre, que servía de vaquera en su cortijo de la comarca. Todo el mundo se hacía lenguas de su discreción y honradez, pero era pobre como las ratas, circunstancia por la cual la *Garbulla* negó su consentimiento para el matrimonio. Miguel tuvo que apelar á los medios legales para casarse con la Mariona, que así se llamaba la simpática huérfana. No siendo ésta admitida por su suegra, los jóvenes esposos no tuvieron más remedio que poner casa aparte. Miguel reclamó lo que le correspondía de la herencia paterna. No se lo negó la *Garbulla*; pero se dió ésta tal maña en la presentación de cuentas, que la parte correspondiente á su hijo menor quedó reducida á unos cuantos centenares de pesetas, que apenas bastaron para la instalación del nuevo hogar.

Sin embargo, el joven matrimonio vivió holgadamente durante una larga luna de miel, pues ambos esposos ganaban buen jornal, y á los tres años vieron colmada su dicha con el nacimiento de un hijo hermoso y robusto, al que pusieron por nombre el de su difunto abuelo paterno.

Pero ¡ay! aquella felicidad duró poco. Miguel murió accidentalmente en el vuelco de una carreta cargada de sillares que él conducía, y desde aquel momento empezó para la Mariona, que criaba al pequeño Lorenzo, una serie de penalidades indecibles, penalidades que no acabaron hasta que el niño, convertido en mozo fuerte, ágil, laborioso é inteligente, empezó á ganar su propio sustento y el de su madre trabajando de agricultor en la granja donde la viuda había vuelto á encontrar su antiguo empleo de vacquera.

Los matrimonios de Juan y de Lorenzo no habían roto la unión de la familia que vivía bajo el mismo techo y bajo la autoridad de la vieja Garbulla. La agregación de las nueras no ocasionó mayor gasto, pues se alimentaron más sobriamente y vistieron con más sencillez. Su avaricia aumentaba con la edad.

Cuando murió la madre, Juan y Lorenzo hubieran creído ofender su memoria si no la hubiesen amortajado con la sábana más vieja de la casa.

Después del fallecimiento de la vieja, se aplicaron más que nunca á la tarea de arrancar á su propiedad todo lo que podía dar de sí. Los payeses avaros los citaban como ejemplo á sus trabajadores. Rápidamente encanecieron y se encorvaron de espaldas. A fuerza de inclinarse hacia el suelo, adquirieron la actitud de las acémilas, y la señal distintiva de su raza iba á ser la decrepitud precoz.

Dos años después de su matrimonio y casi al mismo tiempo, sus mujeres dieron á luz dos criaturas raquílicas de sexo diferente, que no hubieran sido viables en otro punto donde no se respirase el aire vivificante del campo. Hubo necesidad de cuidados infinitos para salvar al niño enteco de Juan y á la arañita de Lorenzo. No obstante, los chiquillos fueron creciendo como por milagro, y cuando el varón hubo cumplido once años y hecho su primera comunión, Juan, que quería darle una carrera lucrativa, lo envió á los Escolapios de la villa.

En cuanto á la hija de Lorenzo, se la tuvo algún tiempo de pensionista en un colegio de religiosas, del cual volvió hecha una señorita, que desdeñaba el pañuelo con que antes se cubría la cabeza, y usaba sombreros tan recargados de flores, que parecían jardines andando. Lo cierto es que causó la admiración de sus padres y de sus tíos. Juan la encontró tan graciosa, que concibió el proyecto de casarla con su hijo.

El otro día encontré al joven estudiante, corto de estatura, desmirriado, rubio, medio calvo, seco, bilioso, de mirada oblicua, cursilmente vestido á la última moda. Se me acercó y hablamos.

—¿Qué tal?, le pregunté. ¿Qué es de su vida?

—Tomé el bachillerato, contestó, y antes de un año seré procurador. Es una buena profesión, con la cual se gana mucho dinero, ¿verdad?

No contesté, pero me puse á examinarlo.

Mientras él hacía sonar la palabra *dinero* como si cada una de sus letras hubiese valido cincuenta duros, se le encandilaron los ojos amarillentos con un brillo que recordaba el del oro, y volvió á bajarlos de repente como si hubiese querido ocultarlos bajo tierra.

—No creo que me vaya mal, añadió. Tan pronto

como sea procurador me casaré con mi prima, con lo cual reuniremos la fortuna de cuatro familias, que pasará de treinta mil duros; conque me parece que no nos moriremos de hambre.

—¿De modo que no piensa usted cultivar personalmente sus tierras?

—¿Yo payés?, replicó casi indignado; ¡nunca! Cuando mueran los viejos tomaré un mayoral. Ya tengo hecha mi elección. ¿Sabe usted de quién cuento echar mano?

—¿Qué voy á saber!

—Pues tomaré por mayoral á mi primo Lorenzo,

milagros: han conseguido una ópera inédita en tres actos de Caín y Erlanger; han levantado un teatro al aire libre con cabida para 25.000 espectadores; han contratado á eminentes artistas, una orquesta de doscientos profesores, un nutrido cuerpo de baile y una numerosa comparsa, y han dispuesto una cabalgata alegórica que ha sido la admiración de cuantos la han visto.

Las fiestas, en efecto, comprendían dos números principales, la antedicha cabalgata y la representación de la ópera en tres actos titulada *Bacchus Triumphant* en las Arenas de los Tresbolillos.

La cabalgata formabanla veintidós carros pintoresca y artísticamente decorados y ocupados por hermosas figurantes, en los cuales estaba, por decirlo así, representada toda la geografía del Bordelés y estaban personificados los productos de la provincia y sobre todo las marcas más famosas de sus vinos. Entre aquellos carros llamaban particularmente la atención el de Saint Emilión, con sus cuatro vendimiadores cobijados bajo el ruinoso claustro de los Franciscanos; el del Medoc, con sus muchachas tocadas con sombreros de paja y encajes; el de Graves, en forma de taberna del siglo XVII concurrida por lansquenets á quienes servían el grueso tabernero y su gentil esposa; el del Cognac, figurando un alambique escoltado por cuatro bellas damas vestidas de raso; el de la ciudad de La Reole, hermosamente adornado; el de la Resina, rodeado de jinetes de la comarca de Dax; el de Marennes, con sus lindas recogedoras de ostras; el del Sindicato de Burdeos, con su grandioso tonel; el del Corcho y del Tapón, el de la Botella, el de los Instrumentos agrícolas y vinícolas, el de Baco, el de Ceres y finalmente la gran carroza de la Vendimia, en donde iba la reina de la fiesta, simbolizando la Gironda, acompañada de damas y caballeros vestidos con ricos trajes de la época de Luis XV.

La ópera de Caín y Erlanger la componen tres cuadros: el primero, las fiestas de la Tierra, es una evocación de Baco y de Ceres; el segundo representa el asedio de Burdigala, la antigua Burdeos, por los hunos, á quienes vence una doncella gala con sus súplicas y con la entrega de ánforas llenas de vino del país; el tercero es puramente decorativo, un pretexto para presentar coros, bailes, las estaciones y los dioses de la mitología, etcétera, que concurren al triunfo de Baco.

El poeta ha conseguido perfectamente el fin que se proponía; en su poema hay grandes alegorías, sentimientos sencillos y generosos, indicaciones pintorescas á propósito para el escenario en que debía representarse. Lo propio puede decirse de la partitura de Erlanger, clara, sonora, vigorosa, entusiasta y admirablemente instrumentada.

La ejecución ha sido irreprochable: la señora Felia Litvine, de la Opera de París, la señorita Chenal, los Sres. Muratore y Claverie y la notable bailarina señorita Badet rayaron á gran altura en la interpretación de sus respectivos papeles.

El éxito de las fiestas de Burdeos ha sido grandísimo y para presenciarlas han acudido á aquella ciudad millares de forasteros procedentes de toda Francia, que han prodigado entusiastas aplausos á cuantos han tomado parte en la cabalgata y en la representación de *Bacchus Triumphant*.—T.



En la taberna, cuadro de Claus Meyer

el hijo de mi tía Mariona. Es un buen trabajador y un chico de toda confianza. ¿Qué le parece á usted mi elección.

—Excelente, y sobre todo reparadora.

—¿Reparadora?, preguntó volviendo á abrir sus ojos amarillentos sin acertar á comprender mi frase.

Y le volví las espaldas, dejándolo con la boca tan abierta como los ojos.

(Dibujo de Sardá.)

#### BURDEOS.—LA FIESTA DE LA VENDIMIA

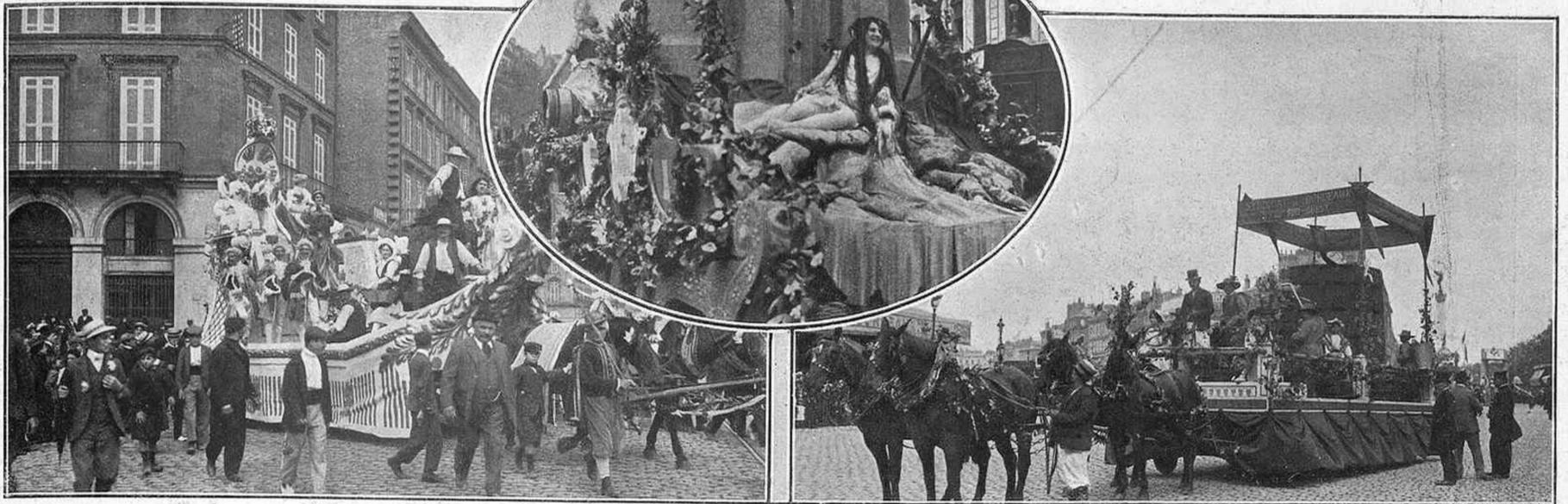
Hace algunos meses, el diario de Burdeos *La Petite Gironde* emitió la idea de glorificar en grandiosas fiestas las fuentes de riqueza de la región de la Gironde y en particular el vino. Poco después habíase constituido un sindicato de garantía para desarrollar el proyecto, que desde los primeros momentos contó con las simpatías de todas aquellas comarcas, y en poco tiempo los productores y los comerciantes girondinos reunieron 500.000 francos para su realización.

Esto sucedía en el mes de junio último y las proyectadas fiestas habían de celebrarse en la primera quincena de septiembre; pues bien, en estos tres meses los organizadores han realizado verdaderos

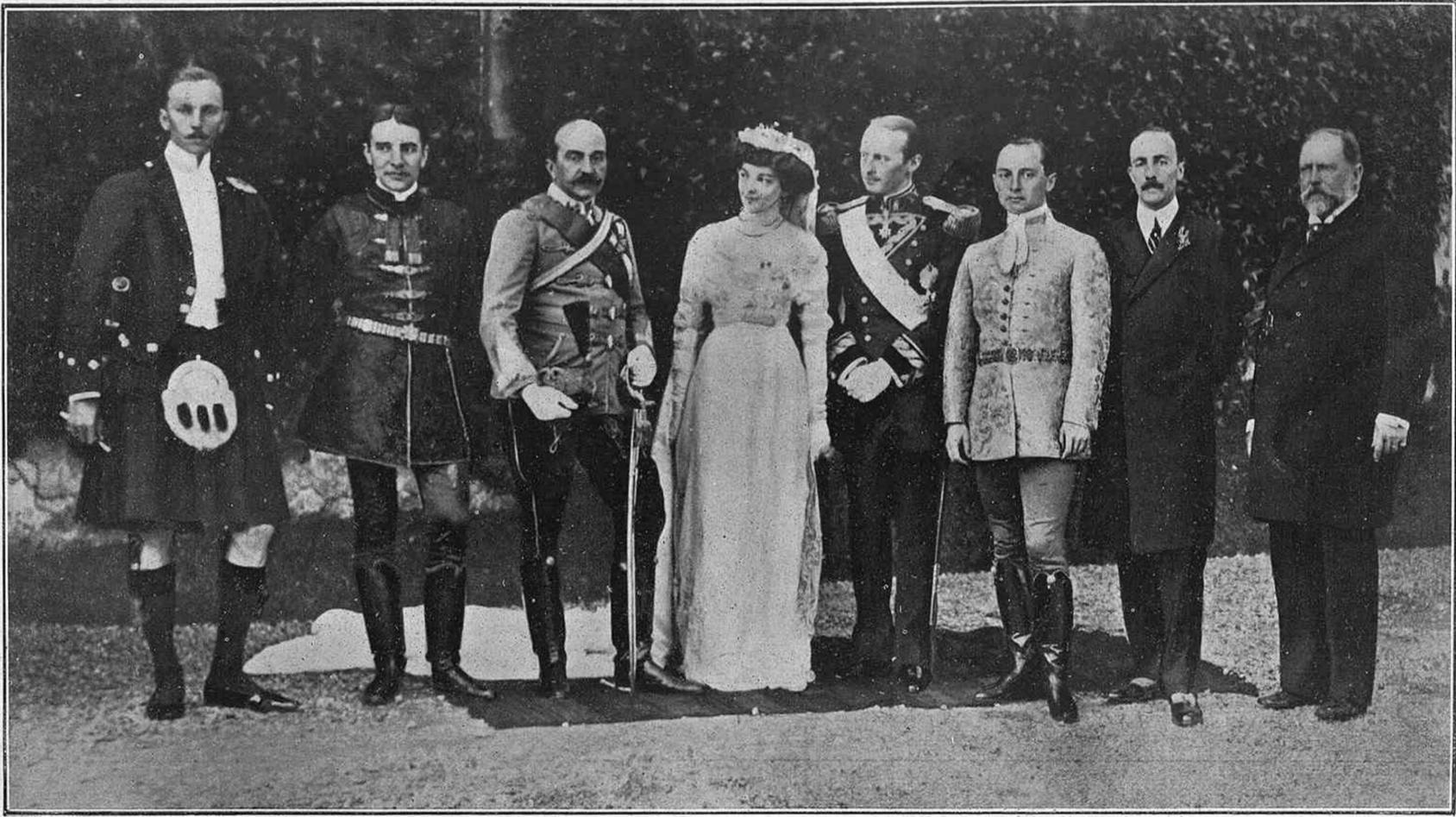
BURDEOS.—LAS FIESTAS DE LA VENDIMIA. (De fotografías de Rol, Trampus, Branger y Royer.)

LA CABALGATA ALEGÓRICA  
DE LOS PRODUCTOS NATURALES DE LA GIRONDE

REPRESENTACIÓN  
DE «BACCHUS TRIOMPHANT» EN LAS ARENAS



LA CABALGATA ALEGÓRICA. Carroza de las reinas de la fiesta. — Carroza alegórica de la ciudad de La Reole. — Carroza del Sindicato de Burdeos y del Sudoeste. — REPRESENTACIÓN DE «BACCHUS TRIOMPHANT» EN LAS ARENAS DE LOS TRESBOLILLOS. Dúo de Sileno y la Tierra (primer acto). — Danza de la Voluptuosidad (primer acto). — Baco (Sr. Muratore). — Los autores del poema y de la música Sres. Caïn y Erlanger, y las principales intérpretes de la obra señoras Badet (*La Voluptuosidad*), Litvire (*Ceres*) y Chenal (*Doncella gala y Primavera*). — Sileno (Sr. Claverie). — Escena del segundo acto. — Escena del tercer acto.



Boda del príncipe D. Miguel de Braganza con la señorita Anita Stewart, celebrada en Dingwal (Escocia).—Los personajes retratados son, de izquierda á derecha: R. W. Stewart, hermano de la novia; el conde de Czecones; el duque Braganza, padre del novio; la novia; el novio; el conde de Sigra; el príncipe D. José de Braganza, hermano del novio, y D. Alejandro Saldanha de Gama. (De fotografía de Carlos Trampus.)

#### BODA DEL PRÍNCIPE D. MIGUEL DE BRAGANZA

El día 15 de este mes efectuóse en Dingwall (Escocia) el enlace del príncipe D. Miguel de Braganza, nieto del que fué rey de Portugal y primogénito del actual representante del llamado partido legitimista, con la señorita Anita Stewart.

á ella un representante del emperador de Austria, los duques de Braganza, la princesa Adelgarda de Borbón, las archiduquesas María Teresa y María Anunciata de Austria, la condesa Tarring, el príncipe José de Braganza, hermano del novio, los condes de Saldeul de Gama y de Gzecones y otras ilustres personalidades. Dió la bendición nupcial el obispo de Aberdeen, y después de la ceremonia religiosa se celebraron un banquete y varios festejos de carácter campestre peculiares de la región escocesa.

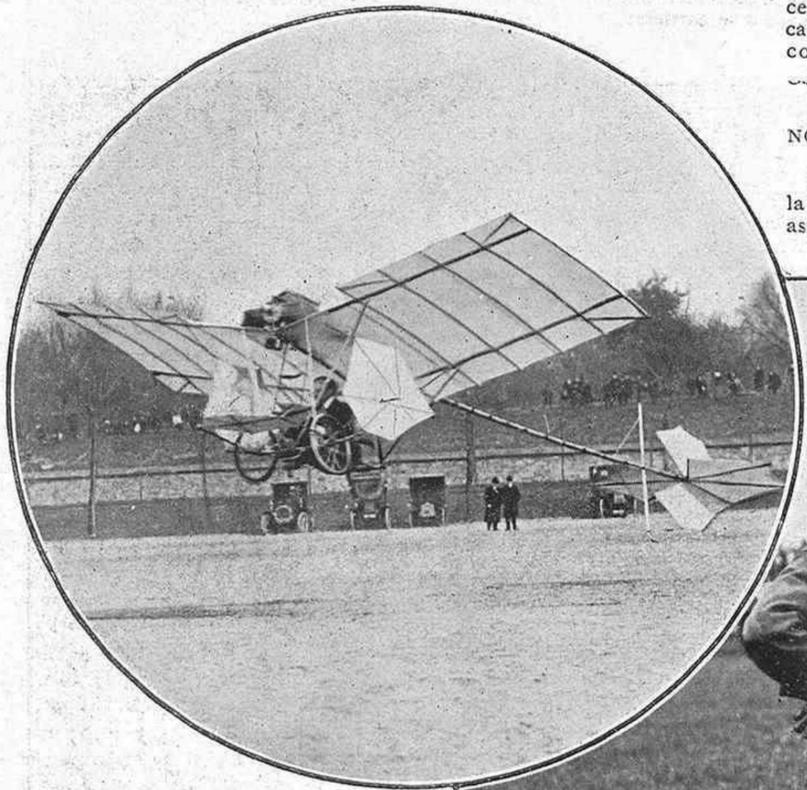
*moiselle*, el célebre aviador y aeronauta Santos Dumont ha efectuado recientemente algunos magníficos vuelos, batiendo cuatro *records*: el del menor volumen, el del menor peso, el de la velocidad y el del lanzamiento.

Santos Dumont, á quien con razón se denomina el más atrevido de los aviadores, habíase instalado en Sain-Cyr para proseguir allí sus experimentos de aeroplano reducido al mínimo y por ende más accesible y mejor manejable que los otros aparatos de esta clase. A pocos kilómetros de su cobertizo, junto á los pantanos de Buc, había construído el suyo otro aviador, Mauricio Guffroy, para ensayar su monoplano Esnault-Peltier. Los dos aviadores se visitaban á menudo en automóvil; pero considerando que este sistema de locomoción era impropio para visitas entre aviadores, apostaron cincuenta luises en favor del primero que visitase á su vecino por el camino de los aires.

El día 13 de este mes, Santos Dumont, satisfecho del nuevo motor Darraq, de dos cilindros horizontales y 30 caballos de

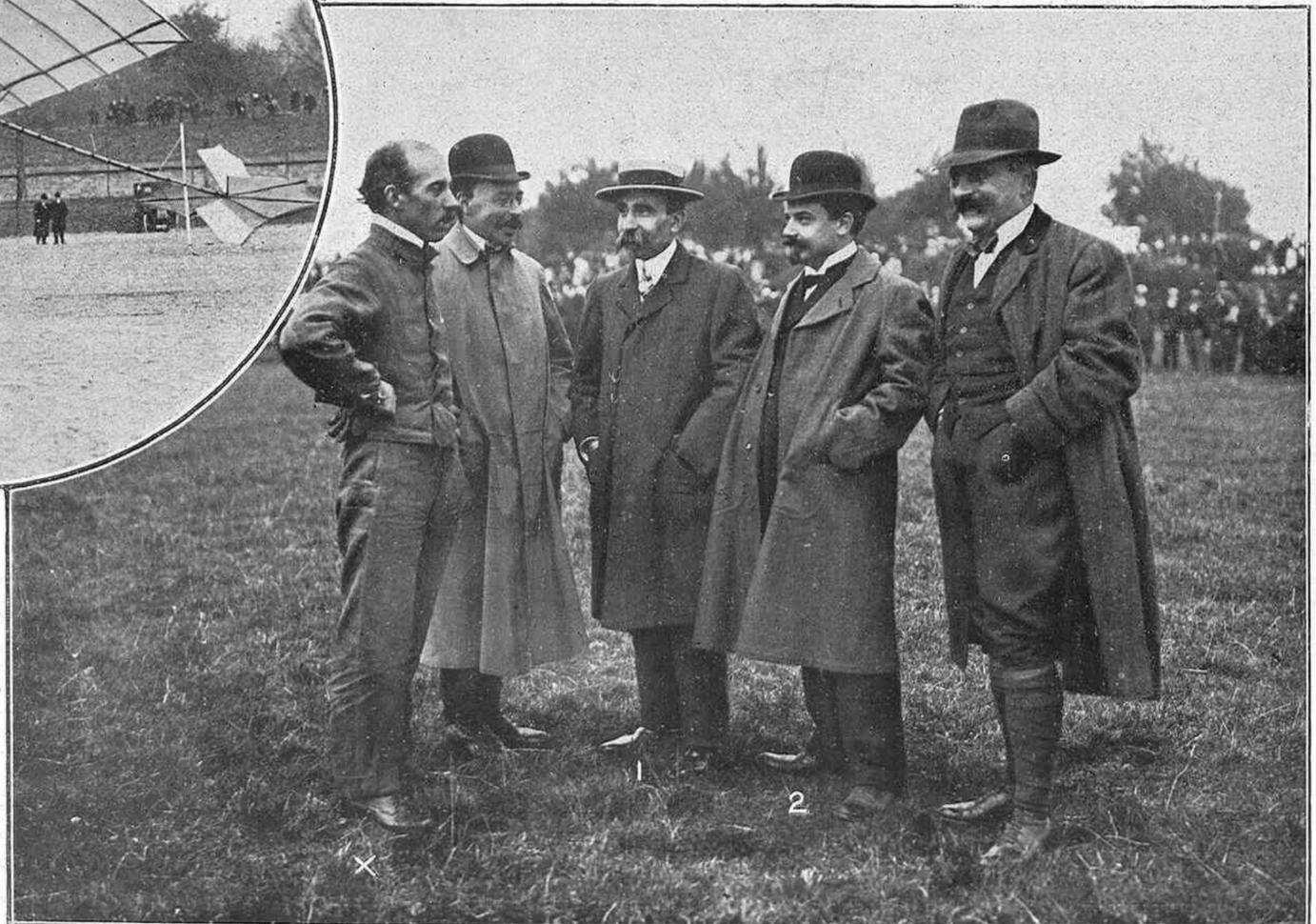
#### NOTABLES VUELOS DE SANTOS DUMONT

Después de una temporada de descanso de la aviación activa, durante la cual se dedicó asiduamente á perfeccionar su aeroplano *De-*



La diplomacia inglesa opuso, en un principio, algunas dificultades á que se efectuase esa boda en aquel país, tan íntimamente unido con la actual dinastía reinante portuguesa, y en vísperas del anunciado viaje á Inglaterra del joven rey D. Manuel de Portugal; pero estas dificultades han quedado allanadas, pues, á instancias del emperador Francisco José de Austria, el novio ha renunciado á sus pretensiones al trono y además ha cambiado de título y de nacionalidad, proponiéndose residir en Viena con el nombre de duque de Vizea, que el monarca austriaco le ha conferido.

El príncipe D. Miguel cuenta treinta y un años; su esposa, hija de un millonario yanqui, sobre ser joven, inteligente y bella, ha heredado veinticinco millones de francos. La señorita Stewart residía con su madre en un castillo situado en el Norte de Escocia, y la boda se celebró en la capilla aneja al mismo, habiendo asistido



El aeroplano *Demoiselle*, en el que Santos Dumont ha batido recientemente cuatro *records*. — Santos Dumont (x) conversando en Saint-Cyr con los Sres. Darraq (1), constructor del motor del *Demoiselle*, y Ribeyroles (2), ingeniero de la casa Darraq. (De fotografías de M. Rol.)

fuerza, montó en su *Demoiselle* n.º 19, y elevándose a 60 metros, atravesó como una flecha el valle del Bievre y descendió suave y graciosamente como una libélula delante del cobertizo de Guffroy. Había empleado cinco minutos en recorrer ocho kilómetros, de manera que había volado a razón de 90 kilómetros por hora, ganando, no sólo su apuesta con aquél, sino además otra con Farmann, quien había asegurado que Santos Dumont no podría volar con su pequeño aparato, que no tiene más de 9'50 metros cuadrados de superficie. Al propio tiempo había batido los *records* de la velocidad, del menor volumen y del menor peso, puesto que su aparato sólo pesa 118 kilogramos, aviator inclusive.

No contento con esto, dos días después se propuso batir el *record* del lanzamiento, que hasta ahora pertenecía a Curtiss, quien, en el *meeting* de Brescia, había conseguido elevarse al aire a los 80 metros de tomar impulso. En efecto, dispuestas en el suelo unas tiras de papel de 20 en 20 metros, Santos Dumont se elevó después de los primeros 20, rozó luego las dos tiras siguientes y emprendió definitivamente su vuelo a la mitad de la cuarta, es decir, a los 70 metros.

Tales son las nuevas hazañas realizadas por Santos Dumont con esa sencillez maravillosa, esa intrepidez y esa habilidad que han valido al célebre aviator sus más importantes victorias. Después de haber inventado el dirigible más pequeño y realizado los primeros vuelos comprobados en Francia, después de los ensayos del *Avión*, abre hoy en día un nuevo camino a los aviadores, el de los aparatos de pequeña superficie y de gran velocidad, camino que podrá seguirse tanto más fácilmente cuanto que Santos Dumont, renunciando con generosidad poco común a todas las patentes, pone su invento a la disposición de todo el mundo.

— Este es mi aparato, ha dicho; que lo construya quien quiera, pues a nadie prohíbo el hacerlo. Abandono todas las patentes, pues me basta la satisfacción de haber conseguido mi objeto creando el *baby* de la aviación.

La *Demoiselle*, además de sus excelencias técnicas, es indudablemente el más elegante y gracioso de todos los aeroplanos hasta ahora construídos. — S.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

El día 20 de este mes prosiguió el movimiento de avance combinado, pues mientras unas fuerzas operaban por la parte Oeste de Melilla, en dirección al cabo Tres Forcas, otras avanzaron desde Punta Quiviana hacia Zeluán.

En las primeras horas de la mañana salieron de la plaza parte de las dos brigadas Morales y Alfau, de la división To-

hacia el campo y los moros amigos de España hacia la plaza.

Entre tanto el *Carlos V* y el *Extremadura* recorrían la costa cañoneando los adueros, y el *Pinzón* y el *General Concha* se situaron en la ensenada de Charranes.

La brigada Alfau ocupó Jatel y la Morales Taxdir. Esta última, al hacer un extenso reconocimiento, fué hostilizada desde posiciones dominantes, que tomó con escasa resistencia; pero habiendo engrosado luego el número de enemigos, fué preciso hacer entrar en fuego nuevas fuerzas de infantería y artillería y el escuadrón de Alfonso XII, que dió algunas cargas brillantísimas peleando cuerpo a cuerpo con los rifeños.

Durante esta operación el general Marina permaneció entre las dos brigadas, y el general del Real quedó encargado de asegurar la línea de comunicaciones.

Nuestras tropas conservaron las posiciones conquistadas, lográndose de este modo el objeto que con aquella operación se propuso el general Marina, es decir, cortar las comunicaciones entre los cabileños y el cabo Tres Forcas.

En aquel combate nuestras bajas fueron 19 muertos y un centenar de heridos. Las de los moros debieron ser mucho más numerosas, pues la artillería y la caballería les castigaron duramente.

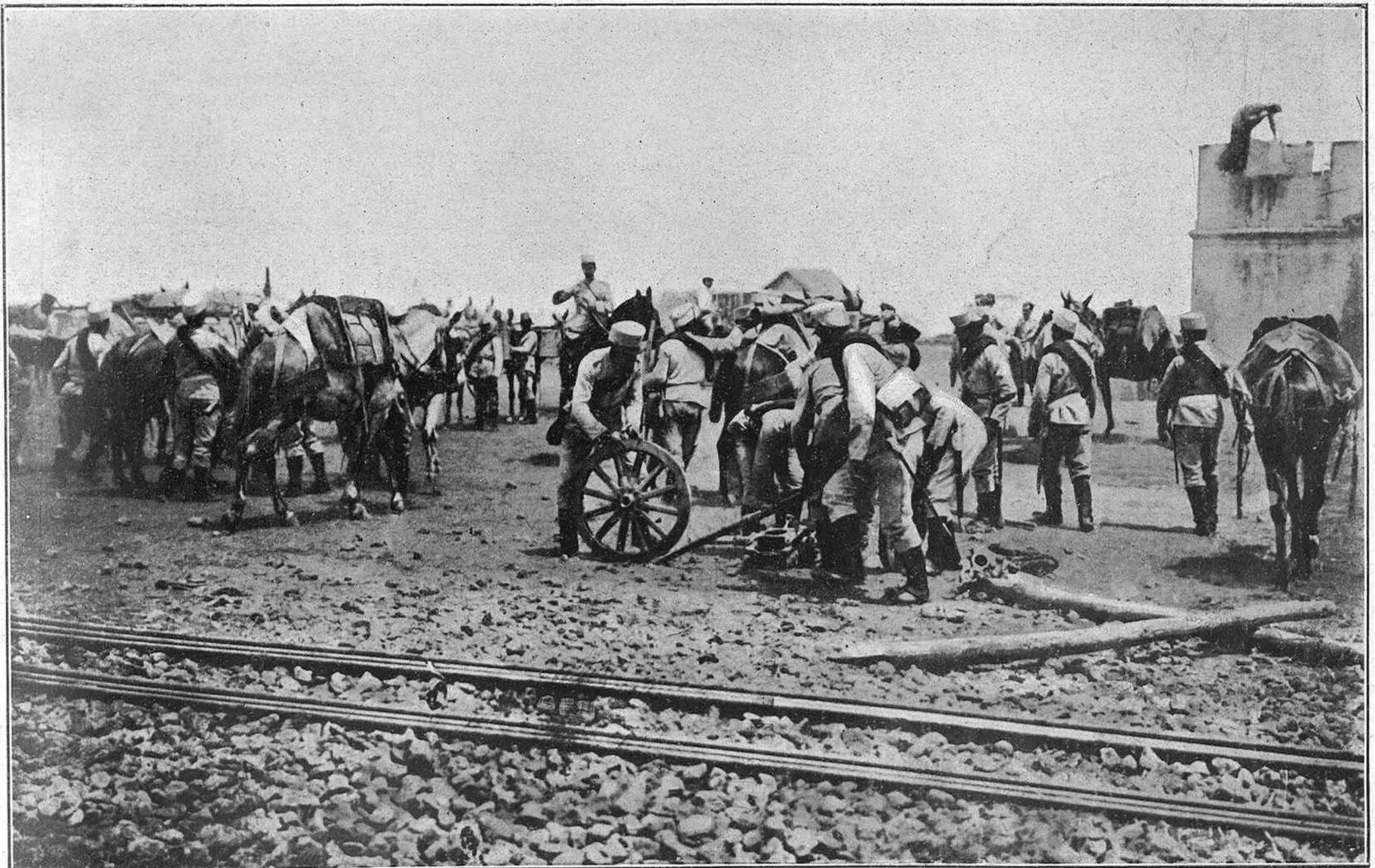
Por su parte, la brigada San Martín, de la división Orozco, al mando de este general, salió aquella misma mañana de Punta Quiviana y avanzó en perfecto orden sin divisar al enemigo. Cuando la columna estaba a un kilómetro de los pozos de Aograz, aparecieron a lo lejos algunos grupos de jinetes moros, a quienes puso pronto en fuga nuestra artillería, obligándoles a retirarse hacia Zeluán. Poco después, nuestras fuerzas llegaron a los citados pozos, cuya posesión era el objeto de aquella jornada, y junto a ellos establecieron en seguida su campamento.

Durante la expedición de la brigada San Martín, la brigada Aguilera, perteneciente a la misma división Orozco, permaneció en su campamento del Zoco del Arbá; el crucero *Princesa de Asturias* se situó en la Restinga, y los botes armados de Mar Chica estuvieron preparados para proteger las operaciones de las fuerzas de tierra. — R.

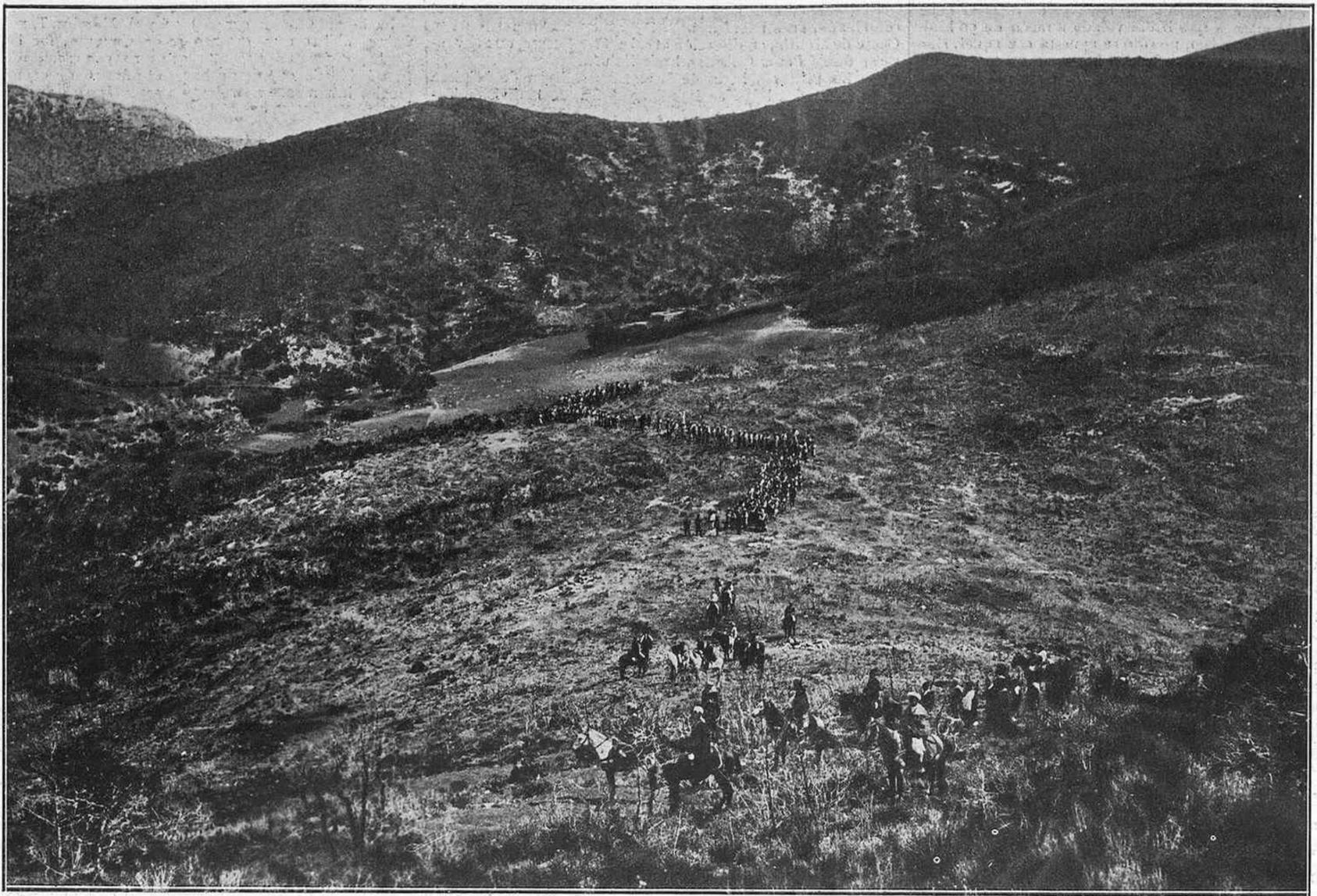


La campaña de Melilla. — Misa de campaña en un campamento (De fotografía de M. Asenjo.)

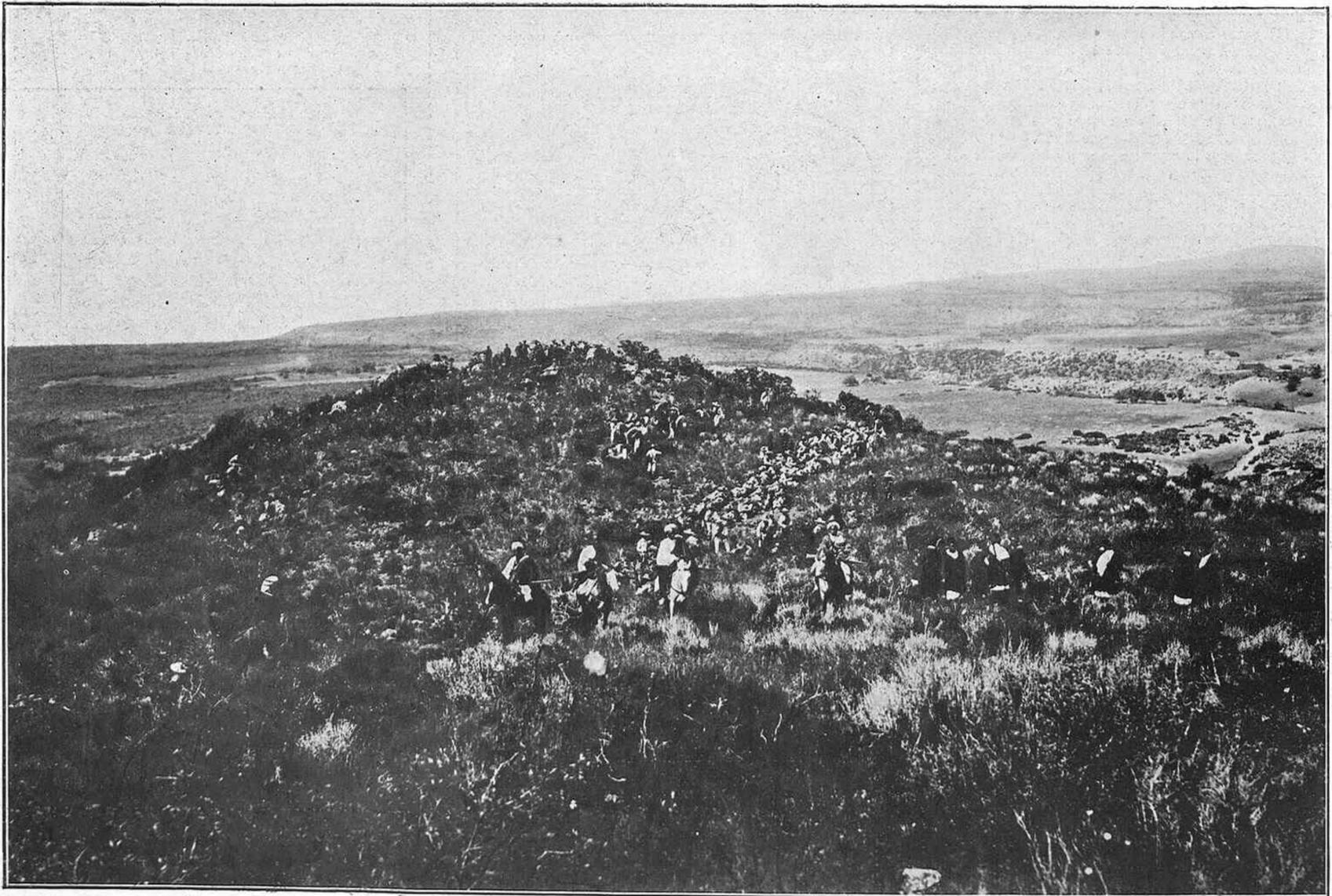
var, y de la brigada de Melilla, del general del Real, formando un conjunto de 5.000 hombres de a pie, siete baterías con 28 piezas y dos escuadrones y medio con 350 jinetes. Apenas se inició el movimiento de marcha, la artillería del fuerte Camellos, de Cabrerizas Altas y de Sidi Guariach abrieron un fuego vivísimo sobre las alturas de Benisicar, donde había numerosos cabileños, consiguiendo que los moros rebeldes se corrieran



La campaña de Melilla. — Artillería de montaña preparándose para hacer una salida contra el enemigo (De fotografía de M. Asenjo.)



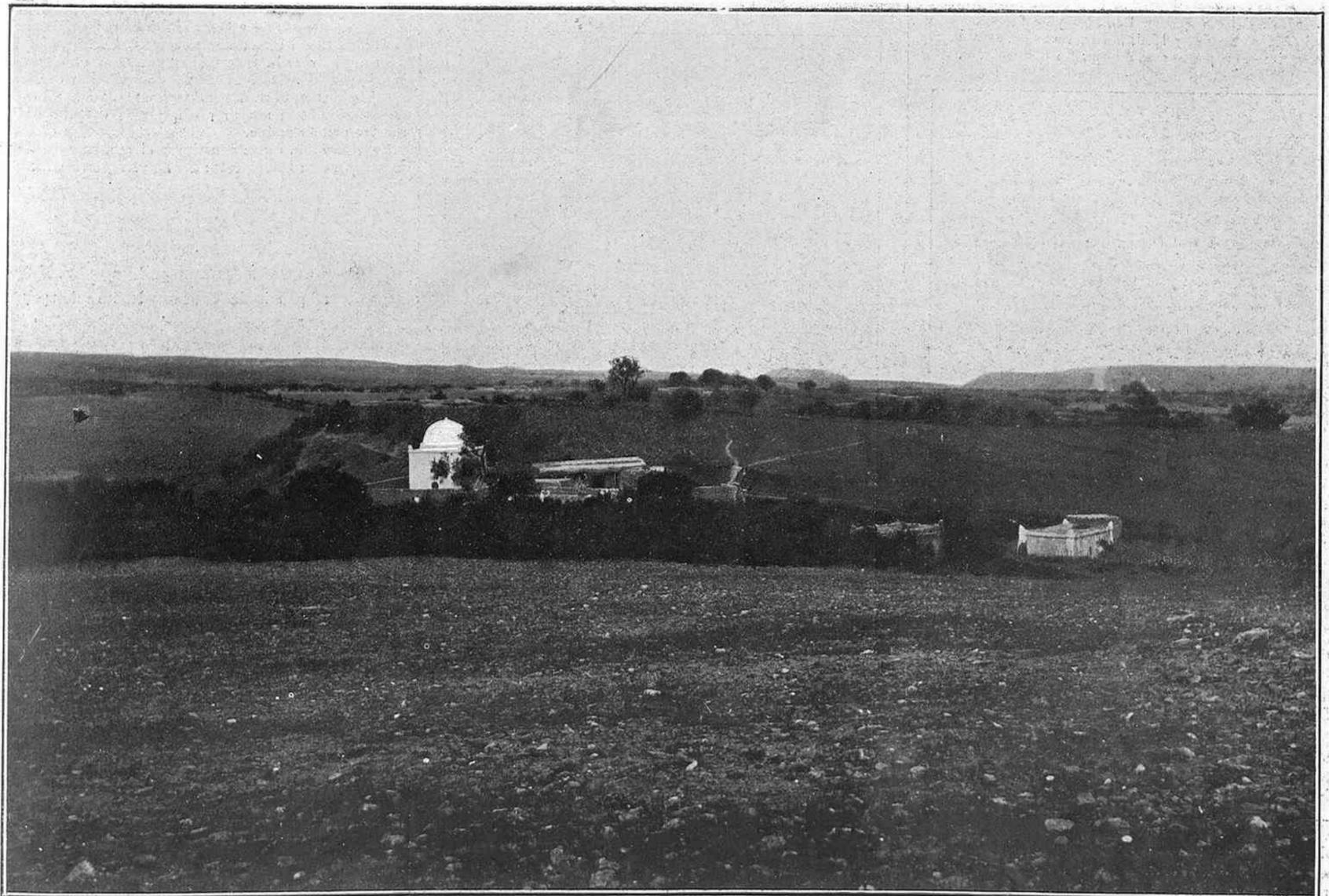
La columna en marcha hacia Beni-kiatan



Descanso de la columna en la altura de Sebel Snun



La columna junto al arroyo de Sidi Ibrahim

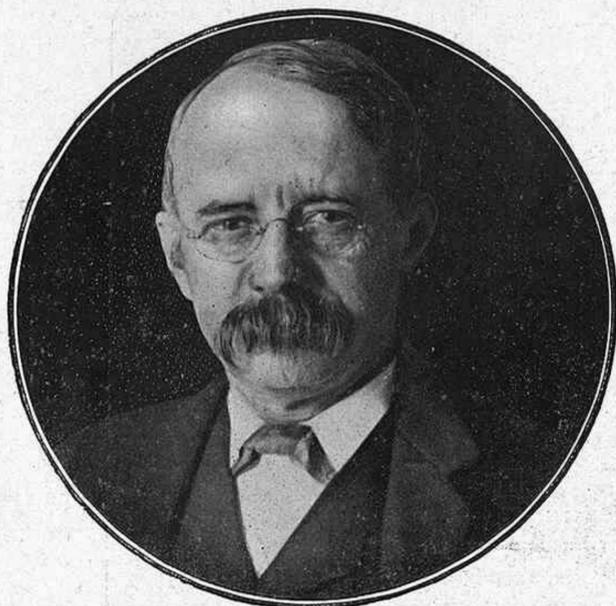


El marabut de Sidi Ibrahim

MR. EDUARDO H. HARRIMAN

En su magnífica posesión de Arden ha fallecido uno de los más poderosos hombres de negocios de los Estados Unidos, Mr. Eduardo H. Harriman, llamado el rey de los ferrocarriles. Tiempo hacía que se hallaba enfermo, y últimamente estuvo en Europa á fin de consultar con algunas eminencias médicas; pocos días después de su regreso á su patria falleció, cuando se le creía notablemente mejorado.

Hace quince años, Mr. Harriman era agente de cambio en Nueva York y el público americano ignoraba su nombre; en



Mr. Eduardo H. Harriman, el llamado rey de los ferrocarriles, fallecido el día 9 de los corrientes en su posesión de Tuxedo Park, en Arden (Nueva Jersey, Estados Unidos). (De fotografía de Carlos Trampus.)

1897 estaba en quiebra la «Union Pacific,» dueña de la línea de Nebraska á Utah, y Mr. Harriman, concibiendo el proyecto de hacer de aquel ferrocarril la clave de una red continental, dirigióse en demanda de apoyo á Mr. Pierpont Morgan. Este consideró fantástica la idea, y entonces Mr. Harriman solicitó y al fin obtuvo de la compañía «Standard Oil» los millones que necesitaba para llevar su plan adelante.

En aquella época, Hill, jefe del «Great Northern,» y su aliado Stuyvesant Fish, presidente del «Illinois Central,» monopolizaban el transporte de los algodones del Sur; Harriman, irritado por aquel monopolio, quiso arrebatárselo de manos de sus detentadores, y después de haber hecho del «Union Pacific» un ferrocarril de doble vía y de haber sucedido á Huntington en la jefatura del «Southern Pacific,» quiso apoderarse de la red ferroviaria del «Northern Pacific,» y en la lucha entablada á tal objeto entre él y Hill, las acciones de esta última compañía subieron en pocos días de 150 á 1.000 dólares.



El velocipedista francés Guignard, que ha corrido en la pista de Munich, el día 15 de los corrientes, 101 kilómetros y 123 metros en una hora, batiendo todos los records del mundo. (De fotografía de M. Rol.)

Harriman fué en aquella ocasión vencido; pero lejos de desanimarse, prosiguió su obra por otros caminos, y construyendo

nuevas líneas férreas triunfó al fin de su rival y se vió dueño de una red de 50.000 kilómetros de ferrocarriles.

La fortuna que al morir ha dejado se calcula por unos en dos y por otros en cuatro mil millones.

Era tal la influencia que ejercía su personalidad en el mercado financiero norteamericano y aun en el de todo el mundo, que las fases de su enfermedad hacían subir ó bajar en bolsa todos los valores; y para que la noticia de su muerte no influyese en las operaciones bursátiles del día, no se hizo pública hasta las tres y media de la tarde, es decir, después de la hora de contratación, á pesar de haber ocurrido á la una y media.

CARRERAS CICLISTAS

PARÍS: EL BOL D'OR. MUNICH: EL RECORD DE LA HORA

En el velódromo Buffalo de París efectuóse en los días 18 y 19 del corriente la famosa carrera del Bol d'Or, que consiste en recorrer el mayor número de kilómetros en 24 horas seguidas. Habíanse inscrito para ella nueve corredores, y ocioso es decir, tratándose de una prueba de esta clase, que todos ellos eran primeras figuras del mundo ciclista: Catteau, Georget, Germain, Combes, Yvy, Lafourcade, Petit-Bretón, Ringeval y Shirley.

La carrera, que dos veces había sido aplazada por causa del mal tiempo, pudo al fin realizarse, aunque en muy malas condiciones, porque á consecuencia de la lluvia la pista estaba muy húmeda, circunstancia que motivó, en primer lugar, que los corredores se sintiesen dominados por el temor de las caídas, en segundo que hasta después de transcurridas tres horas no pudiesen entrar en funciones los tandems entrenadores, y finalmente que el polvillo del serrín, que en gran abundancia hubo de arrojarse sobre la pista para secarla, atacara á la vista de los corredores, de los cuales hubieron de retirarse por este motivo Shirley y Lafourcade en la décima novena y en la vigésima tercera horas respectivamente. Antes habíase retirado, por otra causa, Petit-Bretón, á quien muchos auguraban la victoria.

No explicaremos minuciosamente todas las peripecias de la carrera, y sólo daremos los resultados definitivos: Georget, 845'700 metros; Combes, 807'600; Lafourcade, 752'100; Yvy, 726'600; Germain, 681'000, y Catteau, 554'400.

El promedio de kilómetros por hora recorridos por el vencedor resulta ser de 37'237, y es inferior á los promedios correspondientes á los cuatro últimos años del Bol d'Or. En efecto, en 1905, Vanderstuyft corrió á razón de 39'319; en 1906, Pottier, á razón de 38'541; en 1907, Georget, á razón de 37'634; y en 1908, el mismo Georget, á razón de 40'566.

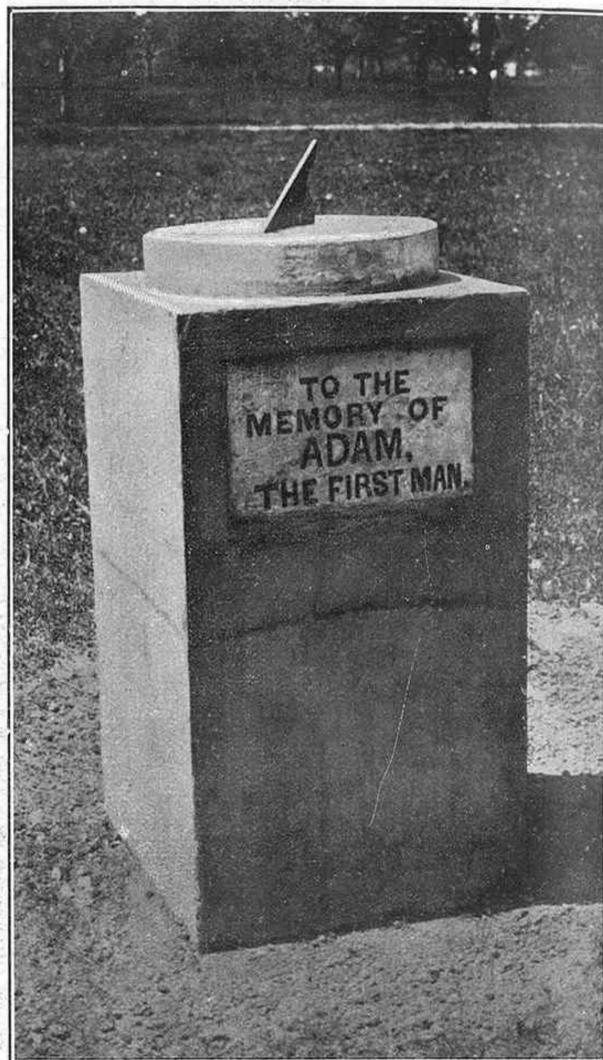
Tres días antes de la carrera del Bol d'Or, el corredor francés Guignard realizaba en la pista de Munich una de las mayores proezas que registran los anales del ciclismo, recorriendo en una hora 101 kilómetros y 123 metros y batiendo, por consiguiente, el record del mundo de la hora, que había conquistado hace poco más de un año Wills, con 99 kilómetros y 57 metros. La velocidad de Guignard es realmente inaudita, y aun si se tiene en cuenta que el arran-



El velocipedista francés León Georget, que ha ganado, en los días 18 y 19 del corriente, por cuarta vez la carrera del Bol d'Or, recorriendo en 24 horas 845 kilómetros y 700 metros. (De fotografía de M. Branger.)

que supone un tiempo de velocidad relativamente pequeño y que en los últimos kilómetros retardó su marcha, sin duda por un exceso de prudencia para no malograr al final su victoria, resulta que hubo momentos en que hubo de correr á más de 102 y aun de 103 kilómetros por hora.

Guignard corrió entrenado por Hoifmann, que montaba una motocicleta con motor Anzani de tres cilindros, y como premio de su proeza ha ganado la gran medalla de oro de la Unión Velocipédica de Francia.



Monumento erigido en Baltimore (Estados Unidos) á Adán, el primer hombre, por M. Brady. (De fotografía de R. Fuchs.)

UN MONUMENTO Á ADÁN

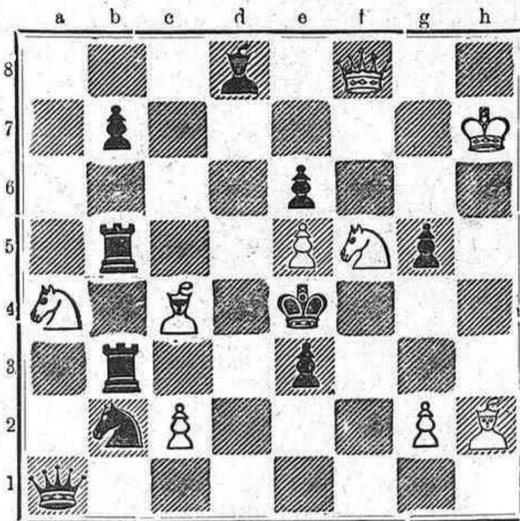
En los Estados Unidos, allí había de ser, se ha construído recientemente el monumento sin duda más original de cuantos en el mundo existen, un monumento «á Adán, el primer hombre,» según reza la inscripción puesta en el mismo. Ha sido erigido por Mr. Brady, acaudalado agricultor de Baltimore, el cual justifica su obra diciendo que si tantos hombres tienen su monumento, con mayor razón y más derecho debe tenerlo nuestro primer padre.

En el monolito que constituye el monumento hay un reloj de sol con esta inscripción: Sic transit gloria mundi.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 528, POR V. MARÍN  
2.º premio del Concurso Italiano de 1907.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 527, POR V. MARÍN

- |                   |                |
|-------------------|----------------|
| Blancas.          | Negras.        |
| 1. Ta4-c4         | 1. Cualquiera. |
| 2. P, C ó T mate. |                |

# EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Ahora su padre, ahuecando la voz, le exhortaba á que tuviese energía, burlándose un poco de sus aires lánguidos.

—No es un hombre, es una damisela... Vamos, señorita, apóyese usted en mi brazo y procure andar.

Pedro se sonreía. Era verdad; sin la ligera barba que le había salido, su rostro hubiera parecido femenino en el conjunto, por su delicadeza.

Por fin dió algunos pasos por el cuarto, apoyándose en los muebles, y estuvo muy orgulloso de aquel esfuerzo.

A pesar de todo, el período de resurrección física y moral fué largo.

A principios de mayo, la suavidad de la temperatura permitió abrir las ventanas al aire libre, y la mejoría del convaleciente se acentuó con rapidez.

Pero el joven conservaba de su profunda sacudida una exasperación todavía enfermiza de sensibilidad. Al menor choque, sus nervios en tensión vibraban, en una súbita angustia. Un organillo en la calle tocando una romanza sentimental le enternecía hasta hacerle verter lágrimas y sumirlo en ensueños.

Entonces bajaba la cabeza, y absorto, con el espíritu errante hacia otros paisajes, evocaba escenas cuyo recuerdo era mal consejero.

En tales días, Pedro estaba más pálido y volvía á tener un poco de fiebre. Pero nunca se le escapó una sola palabra que pudiese revelar sus dolorosos secretos, que creía tan bien guardados.

—Yo le confesaré, había dicho Valeria, pero más tarde, cuando esté más fuerte, del todo restablecido.

Esta época esperada se acercaba muy lentamente. Pero al fin llegó. Enderezóse el cuerpo y se llenaron las mejillas; la mirada recobró en agudeza lo que perdía en profundidad; la juventud triunfaba; el convaleciente, en pie, no tenía ya vértigos, y su voz resonaba, sin respiración corta, sin sofocación, como antes de la enfermedad.

Los médicos cesaron en sus visitas y la alegría volvió á reinar en el hotel de Guibray. El señorito había resucitado.

Una tarde éste pudo bajar la escalera y comer á la mesa; y aquella noche el barón Gilberto destapó una botella de Champaña y brindó por su hijo salvado.

Valeria levantó su copa con entusiasmo; Pedro llevó la suya á los labios y contestó con emoción.

Mientras tanto, tranquilizado respecto á la salud de su hijo, Gilberto de Guibray reanudaba el curso de sus ideas habituales y recaía en sus eternas ambiciones políticas.

Había llegado á los cincuenta años bien cumplidos sin haber podido dar nunca satisfacción á sus deseos secretos. Hacía años que aspiraba á la diputación; pero el partido á que pertenecía por su cuna era poco popular, sobre todo en París. Y fuera de París, la candidatura de Gilberto no tenía siquiera apariencias de razón de ser; no tenía finca alguna en provincias; de modo que sus aspiraciones legislativas no pasaban de ser vanas quimeras.

Pero después de la muerte del tío Jaime, al ver á su hijo readquirir el castillo, el dominio de los ascendientes, concibió una nueva esperanza.

Allí su nombre podía servirle; al menos así lo creía él, y poco á poco esta esperanza creció y se consolidó hasta convertirse en idea fija y principal eje de sus acciones.

Ocultaba sus proyectos á todo el mundo, y principalmente á Valeria, la cual, en su desinterés respecto

sas instancias que no podían dejar de asediarse desde el momento que fuese conocido y apreciado.

Por lo demás, ¿no era honroso para una circunscripción el ser representado por un gran señor de su nobleza y de su importancia?

En cuanto al color político bajo el cual se presentaría á los sufragios de sus conciudadanos, se lo reservaba para cuando conociese el espíritu real del país.

En ambos casos, como monárquico, hablando en nombre del pasado, esa grandeza de Francia, ó como republicano, sacrificando su origen á sus principios, haciendo tabla rasa de las preocupaciones caducas, reclamando la igualdad é inclinándose voluntariamente su frente de aristócrata al nivel plebeyo de las masas anónimas, había de producir buen efecto.

Este punto no le embarazaba mucho; elegiría según las circunstancias; no necesitaba más de tres meses para tomar el pulso á los campesinos, diagnosticar sus opiniones y reconfortar luego las suyas propias.

La primera cualidad de un cerebro político es el eclecticismo y la aptitud para los cambios de opinión. Él lo sabía muy bien.

Así preparado, estaba impaciente por ponerse en marcha; pero ignoraba los proyectos de su hijo. Interrogó á Valeria.

—Y bien, ¿te abrió su corazón? Ya se halla repuesto y se le puede preguntar poco á poco. ¿Cuenta volver á Guibray? Una

temporada de campo no podría menos de sentarle bien y adelantaría su restablecimiento definitivo.

—Te contestaré mañana, replicó la baronesa. He aplazado toda pregunta hasta ahora; pero, en efecto, ya se le puede hablar sin temor. Se halla en estado de soportar cualquiera emoción. Además, como tú dices, una temporada de campo le haría gran bien, pero con nosotros esta vez, ¿no es cierto?

—Sí, sí, aprobó en seguida Gilberto.

Tanto empeño asombró á su esposa, que miró al barón de reojo. ¿De dónde le venía aquel súbito entusiasmo por los campos y la soledad? Aquel deseo novísimo de habitar un caserón sin tejados, con las paredes agrietadas, era muy extraño en Gilberto, amigo de comodidades y temeroso de las corrientes de aire.

Acabó por creer que era simplemente por la salud de Pedro, y la conmovió aquel hermoso sacrificio del amor paterno.

Al día siguiente Valeria se sentó al lado del sillón de su hijo, resuelta á arrancarle uno por uno los secretos de sus tristezas, de sus pensamientos, de sus esperanzas ó de sus desesperaciones.

Muy tierna y mimosa, le cogió la mano y le miró silenciosamente de hito en hito.

Él le sonrió, acostumbrado á estos mimos, sin sospechar que tales demostraciones no eran más que un preámbulo.

Por fin dijo ella lentamente, contemplándole aun: —Muchacho, ¿ves? El sol ya pica; las plantas florecen, ¿sabes? Si lo único que te echó de Guibray fué el fastidio, ¿por qué no vuelves, con nosotros, con tu padre y tu madre? Respirarías mejor allí, junto al río, en la colina y en el bosque...



Tendió su bolsillo al miserable, que aceptó el socorro de buena gana

á la cosa pública, hubiera encontrado mil argumentos contrarios y mil objeciones. Rumiaba á solas sus designios de intriga y porvenir políticos.

A su regreso, Pedro le había desilusionado un poco; el olvido de los campesinos, su indiferencia, el país entero en manos de los Faulque, todo esto era poco á propósito para animarlo. Además, el joven declaraba en voz alta que no quería volver á poner los pies en aquel pueblo maldito; era otra dificultad.

Sin embargo, si esta resolución, como creía la baronesa, no era más que uno de los resultados de una decepción sentimental, quizá cambiaría al cabo de algunos meses de ausencia y á la proximidad del verano.

Entonces el ambicioso reanudaba con más ardor la persecución de su quimera; tanto más cuanto que la época de las elecciones generales se acercaba á grandes pasos. Era el momento de obrar; él había combinado sus planes; volver al castillo, restaurarlo bien ó mal, convocar á los vecinos, dar fiestas, ganar votos y punto concluido.

Con un poco de dinero, con mucha ductilidad y elocuencia, contaba lograr sus fines.

Según él, un solo obstáculo quedaba en pie: ¿se decidiría ó no Pedro á volver al lugar de donde había huído? Sin él, nada era posible. Las intenciones del barón, en caso de presentarse solo, se descubrirían en seguida. Porque ¿con qué pretexto, si no era el de acompañar á su hijo, iba á instalarse en un montón de escombros de donde el frío y el fastidio arrojaban á los jóvenes?

Gilberto no quería solicitar su elección, pretendía que se la ofreciesen. No cedería sino á las numero-

Pedro había retirado bruscamente la mano. De pronto pasó por su rostro una nube de tristeza.

—¡Oh, mamá!, ¿qué es lo que usted propone? Usted no sabe...

Ella se hizo la sorprendida.

—¿Qué es lo que yo no sé?

—¡Ah! Ahí está la cosa.

Bajó la cabeza, se quedó pensativo y no dijo una palabra más.

Valeria continuó con mucha ternura y mil precauciones.

—Vamos, ya puedes suponer que arreglaríamos las habitaciones; nos presentaríamos con decoro; invitaríamos a nuestros amigos de París y a los señores de los castillos vecinos... (sin saberlo ella, sus proyectos coincidían con los de Gilberto). No viviríamos retraídos; todo lo contrario... La estancia resultaría mucho más agradable.

Pedro levantó los ojos, miró, a su vez, resueltamente a su madre y dijo:

—¿Por qué no pensaba usted así el año pasado? ¿Por qué no me acompañaron usted y papá? ¡Ah! Quizá hubiera valido más... Pero entonces no encontraban ustedes palabras bastante despreciativas para burlarse de la ruina y del pueblo. ¿A qué obedece ese cambio? Allí todo está lo mismo. ¿Qué ha cambiado aquí?

El muchacho era lógico, y esta vez la que calló fue Valeria.

Pedro continuó:

—Si, como es posible, la campaña es necesaria para mi restablecimiento, vámonos los tres a cualquier parte, a la orilla del mar; es lo que más me tentaría. Pero Guibray... ¿Por qué Guibray? ¡Supongo que no ha mejorado! Y ya lo tengo por visto, como decía Brice.

—No se aborrece un país, un conjunto impersonal, a tal extremo, murmuró la baronesa.

Pedro sobresaltóse.

—¿Quién le dice a usted que no aborrezco a las personas? ¿Ha olvidado usted los rencores hereditarios? ¿Necesito recordarle los Faulque, su papel antiguo y su papel de ahora? ¿El castillo nuevo en pie, delante del castillo viejo que se cae? ¿No son motivos, éstos, de intolerable angustia? No soy un niño, sin embargo... Donde yo renuncié, cualquier otro hubiera hecho lo mismo... Después de mi enfermedad, mis ideas se han modificado mucho, en muchos sentidos; pero sobre un punto, siguen siendo las mismas. ¡Mi cólera, mi... sufrimiento... en ese horrible país!

Y se animaba, erguido, vibrante, herido en el corazón; secretamente satisfecho quizá también de hablar con entera libertad de cosas ocultas que le ahogaban.

—No, añadió; volver allá sería una cobardía; sólo recogeríamos ridículos y humillaciones. La revancha del pasado. El destino, equitativo tal vez, quiere que los hijos sean humillados y mortificados, allí donde sus padres triunfaron, rebosaron de orgullo y reventaron de vanidad en su dominación. ¡Que la ruina se desmorona, que los campos siguen en barbecho, no quiero saber más lo que allí pasa!

Su vehemencia, en sí misma, carecía de sinceridad. Todas estas razones eran de un valor discutible.

La baronesa arriesgó el gran golpe: Pronunció como por casualidad.

—¡Oh, esos Faulque! ¡que aún tengamos que tropezar con ellos al cabo de cien años!

Luego, sin parecer dar importancia a su pregunta, que podía tomarse como continuación natural de sus pensamientos, añadió:

—Clemente Faulque, ¿no tiene una hija?

Pedro se puso encarnado como una amapola, y balbuceó:

—Sí, sí, una hija.

—¿Cómo se llama?, insistió Valeria con la vista al suelo.

Él hizo un esfuerzo y contestó:

—¡Bertilla!

Pero esta palabra, sin duda, le abrasó los labios y le crispó la garganta, pues se echó atrás en su sillón y entornó los ojos murmurando:

—Usted dispense; siento una gran fatiga.

Y cortó la conversación. Su madre no había averiguado nada; sin embargo, tenía la convicción profunda de que su pobre hijo sufría de una pasión más terrible de lo que ella se había figurado, pues para defender así su secreto y emocionarse tanto al pronunciar un nombre, era necesario que estuviese herido en lo más profundo del corazón, y sólo se podían prever tristes consecuencias de la aventura.

—Y bien, preguntó Gilberto, ¿qué te ha dicho?

—Nada, replicó la baronesa, confesándose vencida. Aún dice que no quiere volver a ver Guibray... Pero es posible que, dentro de ocho días, nos suplique

que le acompañemos allá. Hay tormenta, por consiguiente hay también vientos contrarios.

Gilberto puso mala cara; el tiempo volaba, y todo aquello era tiempo perdido. Dejó pasar algunos días, y volvió luego a las andadas, aprovechándose de un incidente de que no se había hecho caso.

Durante las horas más trágicas de la enfermedad de Pedro, había recibido una carta timbrada en la administración de correos de Guibray y dirigida a él.

Un campesino, el viejo Mignot, había muerto. Este hombre, poseedor de un pedazo de tierra enclavado en el antiguo dominio, no había querido cederlo a ningún precio.

Sus herederos, más acomodaticios, ofrecían venderlo por seis mil francos.

En aquellos tristes momentos, Gilberto había hecho contestar que el propietario del castillo estaba gravemente enfermo y que no había lugar a realizar la operación. Había que esperar. Los campesinos, testarudos, habían dejado pasar dos meses, y volvían a la carga, por las mejores razones del mundo.

Esta segunda carta proporcionó al barón la ocasión de explicarse con su hijo. Desde las primeras palabras, Pedro exclamó indignado:

—¡Seis mil francos! ¿Están locos? Conozco el campo; es una tierra árida, pelada, pedregosa, inculta ó poco menos, refractaria hasta a la remolacha y a las coles. Doy por ella mil quinientos y aún es cara. Pero está enclavada dentro de nuestra propiedad, y pasará por ello.

Gilberto se frotó las manos. Pedro no sentía por el dominio la indiferencia que afectaba.

Escribió, pues; ofreció la suma convenida, y como todo era beneficio para los vendedores, terminó rápidamente el negocio.

El joven no parecía darse cuenta de que, obrando así, se contradecía a sí mismo.

Pero había, además, otras contradicciones en aquel cerebro desequilibrado. Considerando a los hombres en masa, no existen caracteres rectos y enteros, de una sola pieza; cada carácter humano está hecho de piezas y retazos; en su conjunto, hay partes malas, mucho desperdicio. Los más valientes tienen sus flaquezas; los secundarios son presa de la eterna vacilación.

Pedro de Guibray era de estos últimos.

A medida que se alargaban los días, que los árboles de la avenida retoñaban, a pesar suyo, el joven se acordaba de las campañas «abandonadas para siempre», según sus afirmaciones demasiado violentas por ser sinceras.

El paisaje que había abandonado, gris bajo la lluvia, triste como el otoño y lleno de aprensiones a la proximidad del invierno, aquel paisaje mismo no debía parecerse al que él recordaba. Había recobrado su alegría, su amplitud de horizonte, su luz celeste, sus gracias primaverales.

Figurándosele entonces reverdecido y claro, Pedro se enternecía, le juzgaba menos hostil, y hasta los seres que lo poblaban participaban a sus ojos de la grande amnistía de toda la naturaleza.

A veces sentía un vago deseo de volver allá, imaginándose todo cambiado, apacible, conciliado.

Pero luego se retractaba mentalmente; se decía que si la tierra se había rejuvenecido y engalanado otra vez, los antiguos rencores seguían siendo tan antiguos y vivaces, tan llenos de fealdades y repro baciones como antes.

En el acto renunciaba a sus vagos proyectos ocultos, mal aceptados por él; rechazaba la visión de las bellas serenidades del río, para no agregarse más que a la eterna tormenta de las almas, separadas por odios seculares.

¿Qué importaba que el paisaje fuese amigo, si Bertilla seguía siendo inaccesible, encerrada en su orgullo y su desprecio? ¿Y él, él mismo, soportaría a tal extremo la influencia exterior hasta el olvido de las querellas memorables; hasta el perdón de la sangre vertida, antiguamente, es verdad, pero su sangre al fin?

¡No, no tendría semejante intrepidez! Él seguiría siendo Guibray, y ella seguiría siendo Faulque; nada podía modificarse en sus posturas respectivas.

Y, triste, murmuraba por lo bajo, interpeándose directamente, como había adquirido la costumbre de hacerlo en su vida solitaria:

—Ya ves que no debes volver. ¿A qué buscar nuevos vejámenes y nuevos disgustos?

Después de estas decisiones, que él consideraba inapelables, sentíase más tranquilo, hacía justicia a su valor en el renunciamiento. Y todo eso era contradictorio.

A fuerza de soñar, se había creado su estado de espíritu especial que no carecía de encanto: consideraba a Bertilla perdida para él, y se consolaba de su ausencia evocando sin cesar su imagen; una vez

la realidad reconocida imposible, aquella imagen, a su juicio, debía bastar a su corazón para reemplazar la realidad misma.

Por un fenómeno psíquico de evocación persistente, llegaba a sentir tantas impresiones sugestivas, tantas correspondencias vitales, en su trato con un fantasma, como las hubiera experimentado en relaciones exactas con el personaje vivo, así reflejado.

Imaginábase una Bertilla rendida a discreción, abnegada, amorosa, no existiendo más que para él. Esta valía indudablemente más que la Bertilla real, implacable adversaria.

Y estaba enamorado de aquella quimera, de aquella Bertilla ficticia, no pudiendo amar a la otra, a la hija indignada de aquellos bandidos que se llamaban Faulque.

A ciertas horas, sin embargo, cuando el sueño cesaba por agotamiento, se confesaba para sus adentros que sólo abrazaba el vacío, y que la substitución ilusoria y especulativa no era más que un subterfugio, un engaño intentado en un momento de pesar, una confesión de impotencia para la posesión del objeto inicial y tangible de sus verdaderos deseos.

Entonces recaía en las indecisiones, y deseaba quizá que otra voluntad, más fuerte que la suya, quisiese encargarse de regir su destino.

—No sé ya..., pronunciaba en su cansancio.

Y en esas disposiciones variables compraba un campo, engrandecía aquel dominio de que pretendía no ocuparse ya.

Así pasaba los días el joven Guibray, en espera de poder reanudar una existencia activa, que él no preveía claramente y que evitaba prever...

Si en su lecho de enfermo Pedro agitaba turbios pensamientos, Bertilla, por su parte, meditaba más de lo necesario.

Ésta también conocía mal su corazón, y luchaba diariamente con sentimientos diversos. Sus impresiones eran doblemente vivas, pues permanecía sobre el teatro mismo de aquella comedia que acababa en drama, en medio de los recuerdos encontrados fatalmente en cada recodo de camino.

En vano resistía y combatía; Pedro ocupaba constantemente su pensamiento.

Esta obsesión la humillaba y la irritaba; pero ella no podía vencerla, y se reconocía subyugada por la suerte.

Después de la huida del enemigo, pareció triunfar; afirmaba respirar más libremente en el país libertado; a pesar de los malos vientos de otoño y de los aguaceros, erró por los caminos; pero cualquiera que fuese la dirección que tomara, de todas partes veía siempre el ruinoso castillo, que parecía seguirla con la mirada vacía de sus ventanas solitarias y tristes. No dejaba que lo olvidasen, siempre estaba presente en el horizonte, recordando sus antiguos habitantes y sobre todo el último, el huésped efímero, cuya estancia, con haber sido tan breve, dejaba huellas duraderas en la memoria de las muchachas.

La torre del homenaje dominaba el país, aplastándolo, fiel a su pasado. Y si esta dominación había cambiado de naturaleza, para Bertilla seguía siendo permanente, autoritaria, inevitable, a pesar de las rebeldías y de las negaciones.

Hasta entonces, Clemente Faulque se había negado siempre a emplear en su casa a aquel Brice, que Pedro acogió y que el padre de Bertilla consideraba como un holgazán y un borracho incurable.

Brice sabía el poco aprecio en que le tenían en el castillo nuevo y no se atrevía a ir.

A principios del invierno, Bertilla encontró a cada instante al pobre hombre, que parecía vegetar en la mayor miseria. Él la saludó muy humildemente, lleno de respeto por semejante heredera, sin grandes esperanzas de que le honrase con la menor señal de atención.

Pero desde el primer encuentro, tuvo la sorpresa de ser contestado con una sonrisa y una inclinación de cabeza; él tomó alguna confianza, y ya no fue por casualidad, desde entonces, el encontrárselo ella en todas partes, en el curso de sus tristes paseos por los caminos en que la asediaba el recuerdo del joven señor de Guibray.

Una mañana ella le habló:

—Y bien, Brice, ¿qué le pasa? Le encuentro triste.

Él suspiró, levantó los ojos al cielo y murmuró, sabiendo sin duda que sus primeras palabras harían escuchar las siguientes:

—¿Cómo he de estar alegre, señorita?... Desde que el señorito de Guibray se marchó, las paso muy tristes... Él era bueno, nada orgulloso, a pesar de su nobleza; se compadecía de los pobres. Es una lástima grande, para mí sobre todo, que se marchase para no volver...

Bertilla se había estremecido; pero frunciendo las cejas, interrumpió a Brice con sequedad:

—¿No tiene usted trabajo?  
—No, señorita.  
—Pues venga usted al castillo; nunca falta trabajo para un hombre...  
Brice meneó la cabeza.  
—Gracias, señorita; pero su papá de usted no me tiene en olor de santidad.  
—Ya lo sé. Dicen que usted se da á la bebida, y eso es un vicio muy feo, Brice.

—¡Oh, señorita, hace un mes que no he bebido y que apenas como! Nadie me fia, y ya no tengo más perspectiva que la muerte... No me importaría si no se tratase más que de mí..., pero mi mujer y mis hijos sufren miseria y se mueren de hambre...

Bertilla era buena; la idea del sufrimiento la trastornaba siempre. Tendió su bolsillo al miserable, que aceptó el socorro de buena gana.

—Convenido, le dijo ella; trabajará usted en mi casa. Venga mañana, yo hablaré á mi padre y será usted bien recibido. El jardinero necesita un ayudante, según creo..., y si no lo necesita, no importa, le ayudará usted asimismo... Entendido.

Brice se inclinó, puesta la mano sobre el corazón. Cuando la muchacha hubo desaparecido, él se irguió diciendo con una sonrisa burlona:

—¡Bah, bah! No soy tan tonto... Si crees que no adiviné la treta, te equivocas, hija mía. El señorito Pedro estaba chiflado por tí; comprendí perfectamente sus suspiros á la luna... Y tú estás chiflada por él..., con lo cual no haces más que corresponderle. Si me las sé manejar, voy á hacer mi agosto en pleno invierno. No hace falta más que un poco de complacencia, un poco de imaginación y quizá también un poco de sinceridad.

Monologando había abierto el bolsillo. El pobre diablo cerró los ojos deslumbrado; diez luises de oro y el bolso era de plata. Tuvo un arranque de conciencia y fué escrupuloso por casualidad.

—Mañana le devolveré su bolsillo... vacío, naturalmente.

Y se fué á paso ligero filosofando:  
—¡Ah, á generosos nadie gana á los enamorados! No saben contar.

Por su parte, Bertilla reflexionaba.  
¿Había, pues, todavía gentes que se morían de hambre, como antiguamente, en tiempo de las servidumbres señoriales, en tiempo de las opresiones que ella reprobaba sin cesar?

La sociedad se había movido, pero no había cambiado; la riqueza había tomado el puesto de la aristocracia y nada más; pero el pueblo, bajo la primera como bajo la segunda, seguía sufriendo, buscando aún su pan sin encontrarlo siempre.

Entonces, ¿á qué odiar tanto el pasado, los barones feudales, los señores de Versalles, si esa burguesía, si esa plebe enriquecida, que su padre representaba, perseveraba en la misma despiadada indiferencia, á falta de las antiguas crueldades? No hacer el bien es casi hacer el mal, y la burguesía no siempre hace el bien...

Así pensaba Bertilla caminando por la orilla del río lúgubre.

El viento le azotaba el rostro, y ella tenía que luchar para mantenerse envuelta en los pliegues de su abrigo.

A derecha é izquierda todo era desolación: un triste mes de noviembre; un cielo gris, amarillento, bajo como un techo de sotabanco; oquedales desmantelados; árboles negros tendiendo brazos de esqueletos; islas inundadas por la violenta crecida de las aguas, que corrían rápidas, tumultuosas y cabrilleaban en las riberas como pequeñas olas; colinas desnudas, sin verdura; bosques lejanos empapados de lluvia, siniestros, sin aves, con obscuridad bajo sus bóvedas...

Y siempre viento, y más viento, el viento duro del Norte, que soplabá con violencia, rugiendo, mordiendo, haciendo llorar los ojos y amoratar las narices.

Pero en medio de todo esto, sobre todo esto, las ruinas de Guibray, irónicas y solemnes; el castillo testigo, el castillo recuerdo, coronado de bandadas de cuervos.

Y de pronto, inconsciente, Bertilla, echando una mirada á aquella ventana en que hacía poco tiempo aún divisaba á Pedro por la noche, la hija de Clemente Faulque se preguntaba:

—¿Dónde estará ahora?... ¿Qué hará?  
Y el ausente, presente siempre, había crecido con la ausencia.

Puesto que tal era la voluntad de Bertilla, Brice fué admitido como trabajador en el castillo nuevo; y para asombro de todos, se portó bien. Si bebía á escondidas, no se le conocía en la voz ni en el gesto. Hasta se le sorprendió trabajando; y como era bastante hábil en su oficio, casi se alegraron de aquella adquisición.

Brice tenía su plan, y se apartaba tanto menos de él cuanto que cada día presentaba mayores probabilidades de éxito.

Todas las mañanas, atravesando el jardín ó pasando por delante de los invernáculos, Bertilla le buscaba con la vista, y él se mostraba risueño, con el mismo airé de infinita gratitud.

—Buenos días, señorita.  
—Buenos días, Brice.

Ella vacilaba; él veía perfectamente que la joven hubiese querido tener un rato de conversación, ella, antes tan altiva; pero no se atrevía por temor de que la vieran y se extrañaran.

Cuando ella se alejaba, él se pavoneaba murmurando:

—Ya te atreverás, ya te atreverás... cuando llegue la primavera y las estancias al aire libre sean naturales; entonces te detendrás..., sí, para coger rosas... al lado del viejo Brice, y le preguntarás, poco á poco, sobre lo que hacía, decía y pensaba el señorito de Guibray, dueño de tu corazón, ¡oh bella y enamorada rubia!

Transcurrieron meses sin que Bertilla se decidiese á interrogar á Brice; como éste pensaba, la estación no era propicia.

La joven fatigaba su angustia, más bien creciente que menguante, dando grandes paseos á pie por los alrededores del pueblo. Pero en virtud de una atracción singular, no variaba mucho sus itinerarios.

Un día, por casualidad, fué sincera.

«Todo esto—dijo para sí—no es más que una peregrinación á los sitios en que le encontré.»

Y era verdad. Volvía sucesivamente al granero de la sal en que él y ella se encontraron dos veces frente á frente. ¡Ah! Al recuerdo del último de aquellos dos encuentros, de las palabras amargas, de las frases silbantes, de los retos mutuos, sentía crispase su corazón como bajo una mano de hierro, la mano empuñante esculpida en el escudo que adornaba la portada de la torre.

Ahora lo sentía; se echaba la culpa. ¿No era ella la que había empezado el ataque en términos despreciativos, con apóstrofes de odio? Él había contestado en el mismo tono, y había hecho bien.

Después del granero de la sal, Bertilla volvía á cierto punto de una calle en que ella y él se habían saludado sin quererlo, únicamente porque la ocasión había sorprendido sus almas sin dejarles tiempo para componer sus semblantes. Sencillos, naturales, habían estado agradables. ¿Por qué á aquella mañana no habían seguido otras parecidas?

Después se detenía no lejos de la iglesia, en aquel sitio en que ella había designado el joven á su padre, en que sus miradas se encontraron.

Desde entonces habían transcurrido cuatro meses, que á ella le parecían cuatro años.

Deseaba ardientemente que volviese el buen tiempo, la estación templada, para desamarrar su gola y deslizarse por el río, cuyas aguas volverían á tener el encanto de su azulada transparencia.

Allí, en el brazo pequeño, junto á la isla, tenía ella otro grato recuerdo..., aquella noche de luna en que sus dos barcas se cruzaron..., en que ellos se miraron mutuamente á la luz sideral, y con un mismo gesto desolado de pena y confesión levantaron juntos los ojos al cielo inmenso con un gran suspiro.

Pero más que todo y ante todo la atraía el ruinoso castillo. No se atrevía á penetrar en los campos que lo rodeaban, puesto que ahora estos campos pertenecían á su adorable enemigo. Contemplaba de lejos, como una tierra de promisión, aquel dominio abierto á todos, cerrado para ella, aquel torreón que dominaba el horizonte.

Ella deseaba entrar en el castillo, aunque no fuese más que por un segundo, y sorprender allí la vida de Pedro, que la brusca partida había interrumpido en plena corriente.

Pero retrocedía ante semejante aventura. Si la sorprendiesen en aquella irreverencia, ¿qué podrían pensar?, ¡justo Dios!

Sin embargo, una mañana, á pesar de todos los avisos y reproches de su conciencia, ella subió la colina, torció súbitamente á la izquierda, penetró en las tierras y siguió el sendero que conducía en derecha á la torre de Guibray.

Era una mañana de enero; las gotas de rocío brillaban como diamantes en los arbustos y en las hierbas; el río, salido de madre, arrastraba témpanos de hielo, cubriendo de un limo amarillento las islas invadidas.

Respirando fuerte, Bertilla subía sin mirar á su alrededor, figurándose quizá no ser vista desde el momento que no veía ella.

Se acercó á la ruina con una grande emoción. Conocía el sitio; siendo niña, había jugado allí diariamente; no vaciló, se fué á la puerta, levantó el pesado

picaporte y abrió. El viejo castillo estaba tan mal guardado como antes.

Atravesó el patio y se encontró en los bajos. Sin detenerse, subió rápidamente la escalera que conducía al cuarto del primer piso que ella sabía que Pedro había elegido para dormitorio.

La puerta estaba cerrada.  
En la atmósfera glacial, la joven ya tiritaba.

Detúvose un instante para dejar á su corazón el tiempo de calmarse, dió la vuelta á la llave puesta por fuera y entró.

En el umbral, retrocedió instintivamente un paso como ante la inminencia de una falta, el peligro de la ocasión.

Luego apartó los escrúpulos y satisfizo sus ojos. La pobreza del mobiliario le dió compasión. Pedro dormía en la cama del tío Jaime, y ya sabemos que esta cama no era fastuosa; camita de soldado ó de cura, camita de pobre.

Pensó que el último vástago de los nobles Le Tenant de Guibray estaba peor alojado que el último de los criados de ella. Seis meses antes, Bertilla se hubiera alegrado de esta circunstancia; ahora le causaba indignación.

¡Como! ¿Aquel hombre de modales refinados había dormido allí, en aquel cuarto de paredes desnudas, blanqueadas con cal, entre aquellas cuatro sillas viejas y aquellas dos butacas cojas?

En la chimenea había restos de tizones esparcidos, y, por una asimilación natural de las ideas, la joven pronunció:

—Se helaría aquí en septiembre.

Del conjunto pasó después al detalle. Tiró del cajón de una mesa, vió papeles y en seguida volvió á empujarlo; permaneció de pie, con los ojos cerrados, ardientemente tentada, todavía escrupulosa, no sabiendo qué resolver, preguntándose si respetaría aquellos papeles, reveladores quizá, ó si cometería la falta hasta el fin, violando el secreto mal defendido.

Transigió; insinuó su mano en el intersticio de la mesa y del cajón, sacó un papel con las puntas de los dedos y dijo:

—¡No tomo más que uno!

Lo tenía ya; toda vacilación era inútil. Entonces leyó ávidamente estas líneas manuscritas:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice, á poca diferencia el barón Matías... Sí, el cabello rubio y el cutis moreno...»

Y después de un ancho espacio, más abajo, había dos palabras trazadas á través de la página:

«¡Como ella!»

Bertilla vaciló; acababa de sentir la impresión de un primer beso recibido. Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

Y bajó presurosamente la escalera, cerró de golpe las puertas tras ella, salió del ruinoso caserón, huyó á campo traviesa, bajó precipitadamente la colina y fué á parar á la carretera, satisfecha de su osadía.

No tenía remordimiento alguno.  
El viento desagradable podía soplar; la escarcha podía nivelar los baches; el río podía arrastrar su hielo; ella sentía un dulce calor en el corazón... como todas las mujeres amadas.

Momentos después, se decía:

—Ahora hay que hacer que vuelva.

Súbitamente se detuvo y frunció el ceño.

—He soñado una hora, murmuró; mejor sería que yo rompiese este papel. Sí, le amo y él me ama á mí..., ¿pero de qué sirve? No son nuestras voluntades las que nos separan; es el pasado, es lo irreparable, es la fatalidad. Suceda lo que sucediere, una Faulque no se casa con un Guibray; un Guibray no se enlaza con una Faulque... ¡Es imposible..., imposible! Sería preciso que se operasen milagros... ¿Cómo he podido, aunque por un instante, olvidar nuestras distancias?... Esto me llena de confusión. Tanto peor si me ama, puesto que me ama; así sufriremos dos, en vez de uno... Nada puede unirnos... Yo juro no ceder ni consentir jamás. ¿Lo oyes, Bertilla Faulque? ¡No puedes pertenecer á un Guibray! ¡Desengáñate, hija mía, y calla!

Una vez sola, en su casa, lloró.

A veces se complacía en imaginar que por circunstancias extravagantes, que no podía definir, el abismo de odio se había llenado súbitamente entre sus dos familias, y que tenía derecho á amar á Pedro; entonces se engolfaba en su sueño, creando un ideal, una existencia armoniosa en que todo el mundo era feliz.

Después, reconocía lo vano, lo insensato de su punto de partida, se irritaba contra sí misma de ser necia y loca á tal extremo, y volvía á pronunciar nuevos juramentos de negación y abjuración.

Sin embargo, en sus habituales expresiones, trataba con más consideración á la nobleza.

(Se continuará.)

## PINTURAS DE MOROS EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

En el mes de abril del último año tuvo lugar en la Alhambra el hallazgo de una obra de arte de sumo interés, que se puso en conocimiento de la superioridad y Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, por medio de una Memoria explicativa, con planos, facsímil en color y fotografías, por la Comisión especial de la Alhambra.

Entre los trabajos de conservación que por aquel tiempo se realizaban en el Partal, era uno levantar los enlucidos modernos de una reducida habitación inmediata á la torre de las Damas, con el fin de apreciar el verdadero estado de solidez del edificio. Al efectuarse esta operación se advirtieron bajo dichos enlucidos algunas pinturas murales que contenían figuras al parecer de gran antigüedad, apreciándose desde luego como importantes; pero su estado era lastimosísimo, porque al desgaste que experimentaron al estar descubiertas, se han de agregar el sinnúmero de piquetes y desconchados producidos al preparar la pared para enlucirla y los efectos desastrosos del fuego y el humo mientras estuvo convertida en cocina esta habitación y los no menores debidos á su estado ruinoso.

Con estos antecedentes se comprenderá cuán deterioradas aparecerían las pinturas, no pudiéndose apreciar á primera vista otra cosa que restos de figuras, animales y plantas, banderas, armas, letreros y manchas de color y doraduras en conjunto demasiado confuso para conocer lo que allí se quiso representar, y siendo de todo punto indispensable valerse de dibujos y calcos para lograrlo.

Estas pinturas debieron hacerse en la primera mitad del siglo XIV, época del edificio en que se encuentran, y si bien desmerecen mucho respecto del adelanto á que el arte cristiano había llegado en ese tiempo, en cambio demostraron sus autores ser hábiles en la ornamentación y prácticos en caracterizar las figuras, y particularmente hacían los caballos con cierta gracia y facilidad; siendo de suponer que fueran moros iluminadores de manuscritos, porque estas pinturas tienen gran analogía con algunas miniaturas de origen árabe pertenecientes al siglo XIII, en cuanto al modo de disponer las figuras y dibujarlas y aun en la técnica.

Habrá quien objete que los artistas musulmanes no representaban seres vivos, en virtud de prescripción religiosa; pero es un error, contradicho por un sinnúmero de obras musulmanas en Persia, Egipto y otros pueblos mahometanos. En España era cosa corriente, habiendo noticias de pinturas murales hechas por los moros granadinos, según el testimonio de un escritor del siglo XIV. Así es que las pinturas

halladas en la Alhambra deben considerarse como trabajo genuinamente moro, sin influencia alguna del arte occidental.

Los autores de ellas apenas tenían noción del clarooscuro, desconociendo las reglas del arte, y en particular las de la perspectiva y composición; colocaban las figuras sobre líneas rectas, disponiéndolas en hileras sobrepuestas hasta cubrir toda la superficie, á semejanza de los trabajos egipcios y persas y aun de

y en ella se representa un hecho histórico quizá ó una de tantas correrías y algaradas como tenían lugar con harta frecuencia entre los mismos moros en sus luchas intestinas.—El asunto expresa la llegada de un cuerpo de tropas victorioso á un campamento ó aduar donde parece que debe estar el soberano. A la cabeza de los expedicionarios hay un grupo muy interesante (reproducido en el dibujo que acompaña á esta noticia): en él marcha primeramente un caballero moro con amplia marlota azul, espada y capacete grande, dorado y negro, del que sobresalen los extremos de la toca cayendo sobre los hombros y rodeando el cuello. El caballo tiene cabezada, pretal á mantilla y el estribo es de los llamados vaqueros, pormenores que se repiten en toda la pintura. En pos del caballero se ve un camello cargado con una litera, registrándose en ella vestigios de una persona. En la hilera de arriba se observa, montada en otro camello, una mujer con almalafo de listas rojizas cruzada sobre los hombros y cayendo bastante sus extremos por detrás. Ella se vuelve para hablar con el caballero que la sigue, el cual lleva espada de gavilanes caídos, semejante á las que se conservan árabes. Delante del segundo camello marcha el mozo que le guía armado con venablo y cuyo traje se compone de jubón blanco con manga ajustada, cinturón, donde está prendida la falda de color rojo, zaragüelles blancos, no muy anchos, que terminan ceñidos á los tobillos, borceguies y gorro negros. Debajo se distingue otro, vestido lo mismo, á excepción de ser más anchas las mangas y llevar turbante negro pequeño y casquete dorado; ostenta en la mano una bolsa grande ó escarcela dorada, que es de suponer contuviera dinero, y lleva también una lanza corta.

Siguen á este grupo dos hileras sobrepuestas de ballesteros á caballo: marcha delante el abanderado con una enseña roja, adornada con encintados negros, y termina en una serie de farpas doradas, como las tiene la bandera que se conserva en Santa María la Real de las Huelgas de Burgos, cogida á los moros en las

Navas de Tolosa. Los soldados llevan cota de malla, túnica con mangas ceñidas y faldas de diversos colores; alcandora, zaragüelles y casquete puntiagudo de oro y negro. Apoyan en el hombro la ballesta, y delante, sujeto al caballo, va el carcaj con las flechas.

Continúan las dos hileras de jinetes hasta el final de la composición, en cuerpos militares precedidos de sus respectivas banderas, así marchan los escudados, con medias armaduras y cascos como los de los cristianos; los arqueros, vestidos á la africana, y los adargueros con sus lanzas; continuando de este modo



Pinturas de moros recientemente descubiertas en la Alhambra de Granada  
(Reproducciones de fotografías remitidas por D. Manuel Gómez Moreno.)

los tiempos decadentes del arte. Las figuras son pequeñas, midiendo las que están de pie once á trece centímetros, y diez y ocho ó diez y nueve las montadas, incluyendo el animal, salvo algunas excepciones. El procedimiento empleado es el temple sobre fondo de estuco blanco, que con el tiempo y el ahumado se ha tornado en amarillo sucio.

Divídese la decoración en tres zonas á lo largo de los muros del aposento, interrumpidas en el de Poniente por una antigua ventana. La zona central y más ancha tiene treinta y nueve centímetros de alto,

por la otra pared hasta su extremo, donde después de un rebaño de carneros y otro de toros, vienen aherrojados los prisioneros. El término de la composición estaría en la pequeña pared que da al bosque, á la cual no ha podido tocarse por el estado ruinoso en que se encuentra.

Dos episodios iguales y sin relación aparente con lo susodicho, interrumpen la marcha regular y acompañada de los soldados; y es la acometida de dos fieras que caen sobre ellos desordenándolos.

Al comienzo de la composición se encuentra el aduar ó campamento adonde se dirigen los vencedores: está formado por seis tiendas ocupadas por varios personajes y la servidumbre, y cerca de ellas se distinguen sus caballos y camellos ricamente enjaezados.

En la zona alta, con ancho de diez y nueve centímetros, se desarrollan, en un fondo cubierto de plantas y flores, varios episodios de cacería, algunos bien curiosos por tratarse de luchas con leones, apareciendo jinetes montados en animales fantásticos. La zona inferior, del mismo ancho, representa un extenso pórtico formado por arcos de herradura, de los que penden tapices con franjas de adornos é inscripciones de oro recogidas en alto, y dejando ver en la pared de Levante escasos restos de figuras de moros conversando y de mujeres solas divertidas en hablar y tocar instrumentos músicos.

Terminan las pinturas por arriba en una faja de preciosos adornos y por bajo en otra, que tiene pequeños carteles de oro donde se repite en árabe: «La gloria eterna, la felicidad perpetua, la bendición.»

Estas pinturas, tal vez únicas en su género, son de extraordinaria importancia y así lo han reconocido cuantas personas peritas las han visto. Determinan el grado que alcanzó el arte pictórico en Granada, en el período más brillante de su historia, bajo el

reinado de los Nazaries; y su interés acrece al considerar que ellas representan costumbres del pueblo moro, con datos curiosísimos de sus armas é indumentaria.

MANUEL GÓMEZ MORENO.

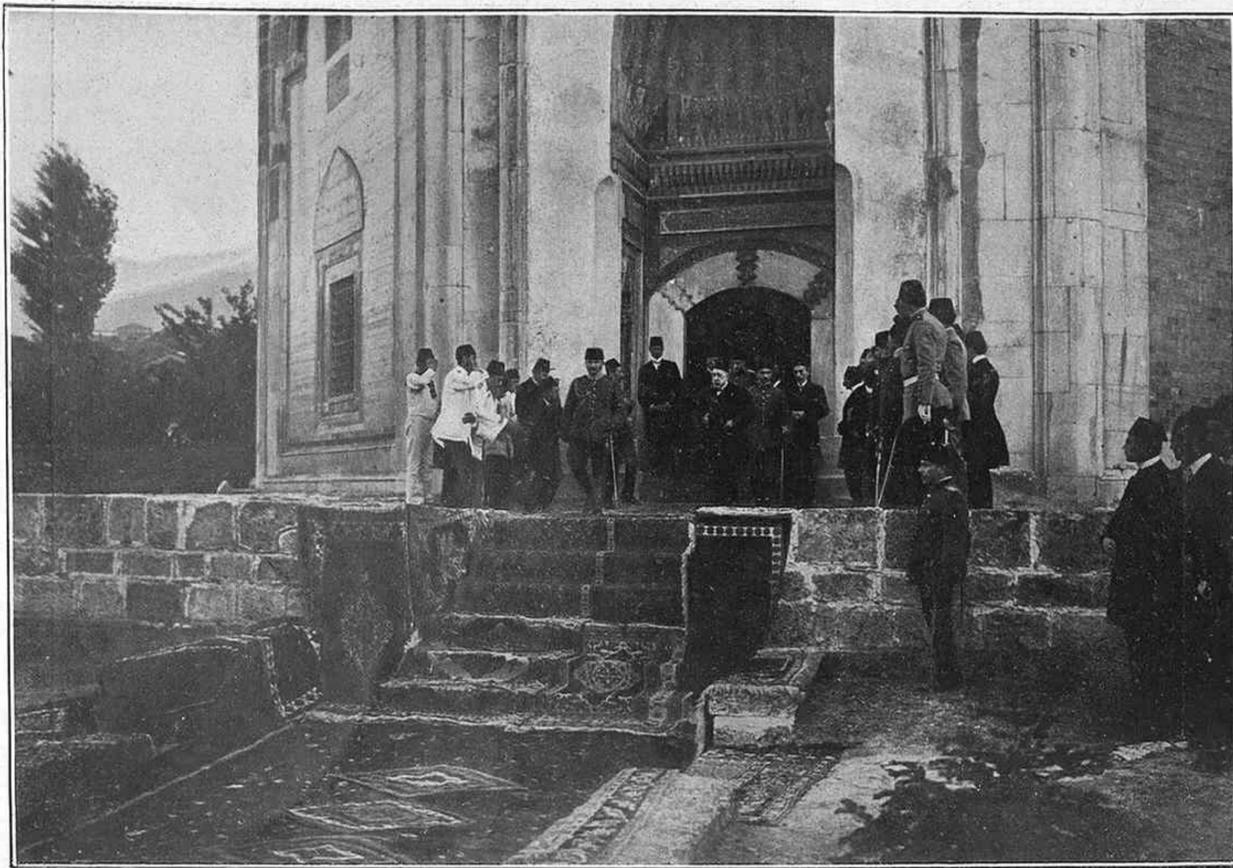
más pintorescas del mundo; situada entre una llanura inmensa y el monte Olimpo, ofrece un hermoso conjunto de alminares y cúpulas que surgen de entre casas y jardines, y se extiende hasta perderse en el campo rodeada de verdes praderas.

Además Brussa y su región están enlazadas con la historia de la grandeza y de la gloria otomanas y evocan recuerdos muy gratos al patriotismo turco; allí alcanzaron los turcos su primera victoria sobre los griegos de Bizancio; allí está la tumba de Sid Battal, el campeón musulmán, el Cid de los otomanos; allí nació Malchatún, la esposa á quien tanto amó Otmán, y allí tuvo éste el sueño célebre que le predecía la extraordinaria fortuna de su raza.

Brussa, llena de tumbas, de mezquitas y de santuarios, era, pues, un lugar de peregrinación casi obligado para el nuevo soberano, que ha sido en ella objeto de un recibimiento en extremo entusiasta por los habitantes de la misma y por los campesinos de toda la región, que acudieron allí para aclamarle.

Mohamed V se

mostró libre y familiarmente á su pueblo; oró en varias mezquitas, especialmente en la famosa mezquita verde, que es la joya más preciada de Brussa; visitó la notable exposición de industrias locales que allí se celebra, é hizo una excursión al monte Olimpo. El sultán ha declarado á sus familiares que nunca había sentido un placer tan grande como el que le había proporcionado este viaje. Durante éste ha podido apreciarse cuán vivo es en Turquía el sentimiento patriótico, y esto es muy importante, pues dadas las dificultades con que el nuevo régimen ha de luchar en Turquía para realizar la ardua misión que se ha impuesto, el patriotismo es un factor y una fuerza que el partido de los jóvenes turcos ha de tener gran interés en aprovechar.—P.



Viaje del sultán de Turquía á Brussa.— El sultán asiste por primera vez á la mezquita verde para la celebración del *selamik*. (De fotografía de Harlingue.)

VIAJE DEL SULTÁN DE TURQUÍA

En los primeros días de este mes, Mohamed V emprendió una excursión á Brussa, acompañado del príncipe heredero, de cuatro príncipes más, del gran visir y de su séquito. Esto que en otras naciones no tendría importancia alguna la tiene en Turquía, pues el viaje del actual sultán es el primero que desde hace muchos años ha efectuado el jefe del Estado otomano.

A su llegada á Brussa, el soberano, que había sido aclamado en todas las poblaciones del tránsito, fué recibido por los altos dignatarios y el cuerpo consular.

La ciudad visitada por Mohamed V es una de las

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 809-811, Barcelona

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,  
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.  
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

EL TELE IMPRESOR

Tal es el nombre del invento que el ilustre físico italiano el profesor Luis Cerebotani, tan conocido por sus numerosos é importantes trabajos sobre electricidad aplicada, ha ensayado recientemente en París ante una reunión de periodistas y de personas peritas en estas materias.

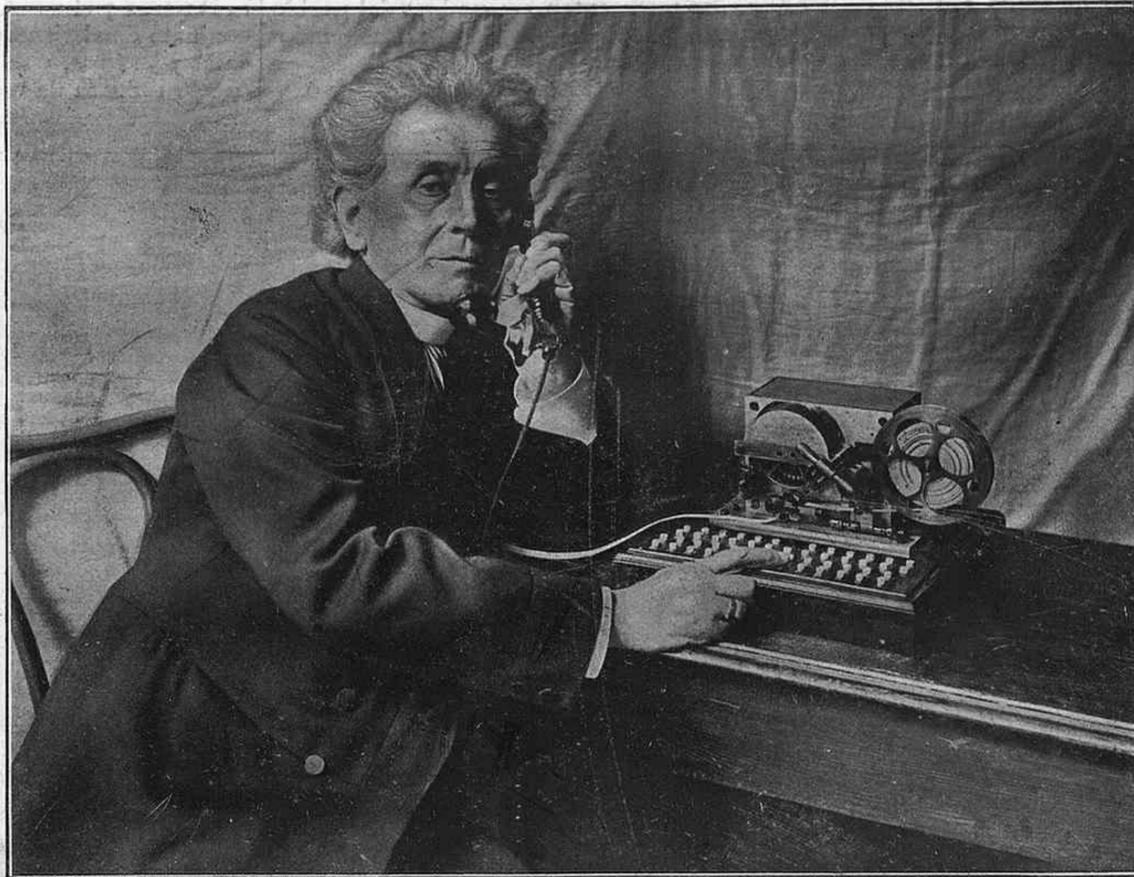
Este invento consiste en la combinación del telégrafo eléctrico con la máquina de escribir, y tiene sobre todos los sistemas análogos la ventaja de que, careciendo como carece de todo mecanismo complicado, en pocos minutos se aprende á manejarlo y cualquier dactilógrafo puede utilizarlo casi sin estudio previo alguno.

Cada aparato es al mismo tiempo expeditor y receptor, y los despachos que se transmiten quedan impresos simultáneamente en el aparato de origen y en el de término, lo que permite comprobar en el acto el despacho que se comunica.

Compónese el aparato de un teclado como el de una máquina de escribir, con unas cincuenta teclas blancas que corresponden á las letras del alfabeto, números y signos de puntuación; y apenas el dedo

oprime una de esas teclas, el aparato, enlazado con cualquiera línea telegráfica ó telefónica, pónese en movimiento, quedando la letra correspondiente á la tecla impresa inmediatamente en la cinta de la esta-

vista de lo cual el ministerio de Correos y Telégrafos de Francia ha sometido el invento de Cerebotani al estudio y examen práctico del laboratorio de la Escuela Superior de Telégrafos.—X.



El eminente físico italiano Luis Cerebotani y el aparato Tele-impressor, recientemente inventado por él. (De fotografía de World's Graphic Press.)

ción receptora y en las de todas las estaciones intermedias, ó solamente en aquella, á voluntad del operador.

Los despachos se transmiten con la misma rapidez que por medio del telégrafo Morse, con la ventaja sobre éste de que en la máquina de Cerebotani no hay motor del cual dependa la transmisión y de que el despacho queda impreso en la cinta aunque no haya nadie junto al aparato de llegada. Tiene además la particularidad de que por el mismo hilo telefónico por donde se transmiten estos despachos, pueden celebrarse al propio tiempo conferencias.

El mecanismo es en extremo sencillo y la instalación sumamente fácil y económica.

En el Vaticano hay instalados ya varios aparatos de éstos, y el cardenal Merry del Val posee también uno, habiendo hasta ahora dado todos ellos los mejores resultados.

Asimismo los dieron excelentes los ensayos efectuados en París, en

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 809-811. Barcelona

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARÍS, 31, Rue de Selne.

**AVISO Á LAS SENORAS**

**EL ANIOL DE LOS DOCTORES JORET-HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

**PILULES de BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Data de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA** ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el oútis limpio y bello

PARIS, 24, St-Denis, 24

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN